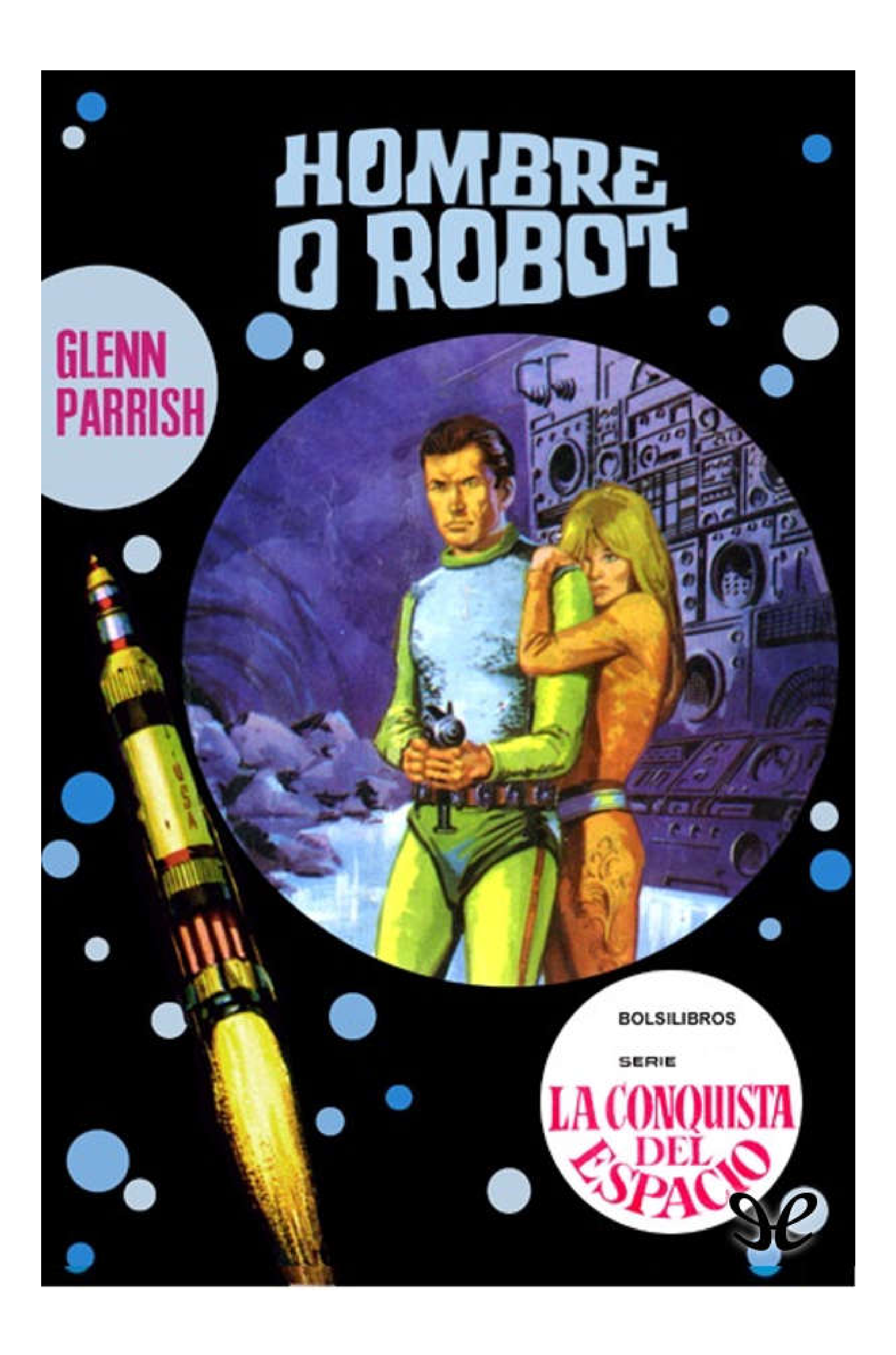

HOMBRE O ROBOT
GLENN PARRISH
BOLSILIBROS
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

En un mundo en el que desde hace siglos no existe la delincuencia, se comete inesperadamente un asesinato. Un funcionario llamado Per Anderson aparece muerto en plena calle sin que nadie haya visto nada.




Glenn Parrish

# Hombre o robot

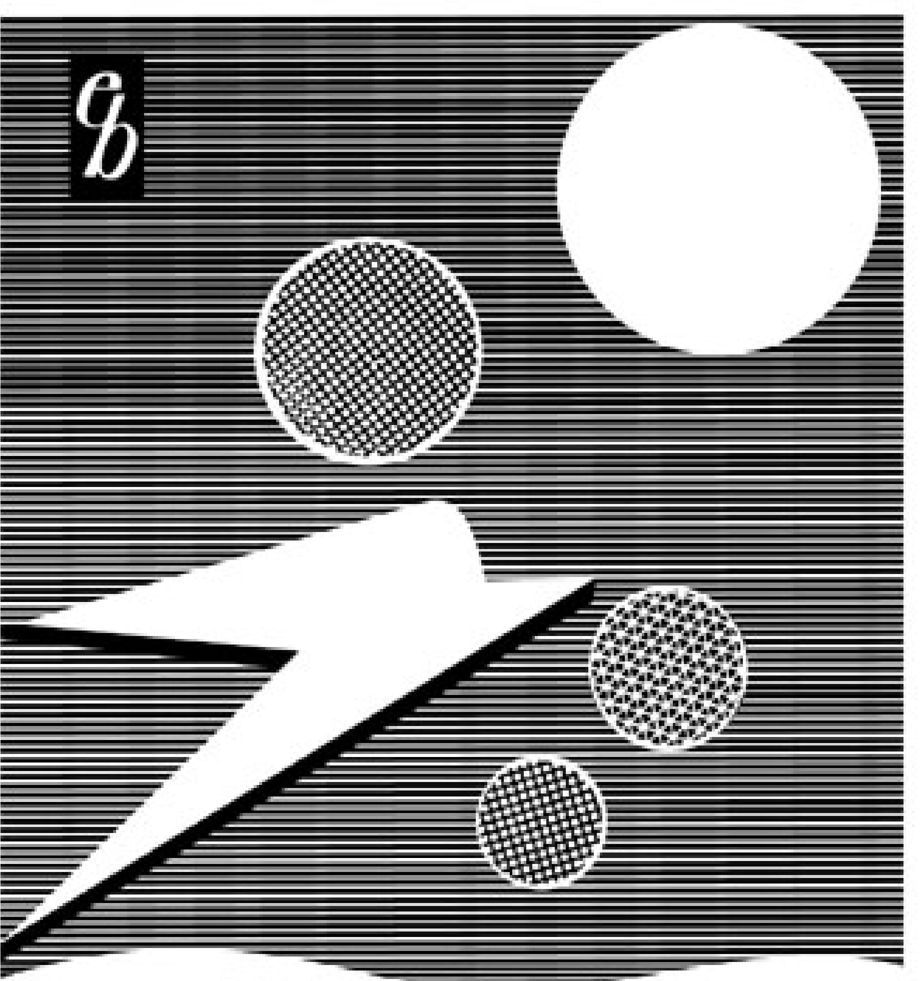
## Bolsilibros: La conquista del espacio - 2

**ePub r1.0**
**Titivillus** 24.07.15

Diseño de cubierta: Enrique Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

*Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.*

# CAPÍTULO PRIMERO

El hombre yacía boca arriba, las piernas separadas y los brazos en cruz, tendido sobre el suelo de vitrasfalto de la metrópoli. Tenía los ojos abiertos y miraba al cielo, pero no veía.

Estaba muerto.

La sangre había brotado de una herida recibida en el centro del pecho y manchaba el pavimento. Parecía joven y sus ropas eran las de un ciudadano corriente.

Lo raro era que hubiese ido a morir en medio de la calle. Todavía más raro era que hubiese aparecido repentinamente en aquel lugar.

Un instante antes, el suelo estaba limpio, liso, mate, con la pulida superficie sin brillo del vitrasfalto, que componía la capa externa de todos los pavimentos de la ciudad. Al segundo siguiente, el hombre había aparecido allí y su sangre empezaba a manchar de rojo el gris del suelo.

La gente pasaba por las aceras deslizantes y contemplaban con ojos estuporosos el cadáver. Ninguno de ellos había visto jamás un muerto violentamente.

Jamás nadie había presenciado un asesinato. Para todos, absolutamente todos los viandantes que circulaban por las inmediaciones del lugar donde yacía el cadáver, en distintos medios de locomoción —aceras deslizantes, gravimóviles, monorruedas, etcétera—, el asesinato era algo definitivamente desconocido.

Muchas mujeres, e incluso también más de un hombre, sufrieron algo insólito a la vista del cadáver: se desmayaron.

Pero nadie hizo por llamar a la policía. A nadie se le ocurrió una cosa semejante, porque, sencillamente, no había policía.

* * *

Las hileras de personas eran transportadas lentamente a las

puertas espaciales sobre aceras deslizantes, desde donde se trasladaban casi instantáneamente a sus distintos puntos de destino en la galaxia.

En todos los rostros se veía un unánime sentimiento de horror.

—¡Se ha producido un crimen!

—¡Un asesinato!

—Una persona ha muerto violentamente.

En las fábricas, en los talleres, en los centros de control, el horror invadía a los que trabajaban.

—¡Un asesinato!

—Un hombre ha muerto asesinado.

En las estaciones espaciales que orbitaban constantemente en torno a la Tierra, en las bases lunares, venusinas, marcianas, también reinaba el horror.

—Han asesinado a un hombre.

—Hay un criminal.

—Un hombre ha dado muerte violenta a un semejante.

Era algo increíble.

Pero real, verídico, inocultable. Se trataba de un asesinato.

* * *

Los hombres de mediana edad fueron entrando parsimoniosamente en la gran sala de consejos. Las togas que vestían, según su color, indicaban el cargo que detentaban.

Azul, para Transportes Planetarios; negro, para los Interplanetarios, violeta para los Interestelares; verde, para Alimentación; amarillo, para Sanidad; gris acero, Industrial, y así sucesivamente.

Pero no existía el color que definiese el Orden Público, sencillamente, porque, entre los coordinadores que regían la vida del planeta, no había ninguno que se ocupase de semejante minucia.

Las fuerzas del Orden habían sido abolidas. No había perturbaciones de la vida ciudadana, no había robos, crímenes, violaciones, asaltos…, no se necesitaba la policía para nada.

Por tanto, el cargo de coordinador de orden público no existía.

Uno por uno, todos los coordinadores fueron tomando asiento en

la gran mesa en forma de U, cuya presidencia estaba ocupada por el hombre de toga blanca, el color del supremo coordinador.

La puerta se cerró silenciosamente apenas hubo ocupado su puesto el último de los asistentes a la reunión. El presidente se sentó y todos lo imitaron.

—Caballeros —dijo el presidente—, encaremos la realidad. Se ha cometido un asesinato.

Un estremecimiento de horror sacudió los cuerpos de los presentes. Todos, sin embargo, conocían los motivos de la reunión extraordinaria convocada por el supremo coordinador.

—Durante ciento setenta y tres años, la paz más absoluta ha reinado en el planeta y sus colonias planetarias —siguió el presidente—. En todo este tiempo, no se ha cometido ningún delito, sobre todo, de la gravedad del que nos ocupa. Delitos menores siguieron cometiéndose después de que se puso en marcha el plan R. M. P., pero con el tiempo, estos desafueros se hicieron cada vez menores en número, hasta que cesaron totalmente. Repito: un caso de asesinato no se había visto en ciento setenta y tres años.

»Ahora se ha cometido el primero. Es preciso investigar, encontrar al culpable, hallar sus motivos… y castigar su delito, si es preciso.

—¿Se conoce la identidad de la víctima? —preguntó uno.

—Per Anderson, cifra G — 2 — 3745 — W — 90 —recitó el presidente.

—¿Profesión?

—Vigilante de controles de fabricación.

—¿Edad?

—Cuarenta años reales. Soltero, no había consultado aún ninguna máquina para encontrar su pareja.

—¿Motivos del asesinato?

El supremo coordinador alzó los hombros.

—No se ha iniciado todavía la menor investigación, salvo la que ha proporcionado los datos precedentes. Perdón, olvidé mencionar su domicilio: Nivel Treinta y Dos, Sexagésima Avenida, 4570, departamento 11 — F.

—Eso es todo lo que sabemos del difunto —dijo el coordinador de Sanidad.

—Y que apareció, ya cadáver, en medio de la Avenida Ciento

Noventa y Dos.

—¿Se sabe con seguridad que ha muerto asesinado? —preguntó el coordinador de Transportes Planetarios.

—El informe médico así lo dictamina. Una herida penetrante, debida a un arma desconocida, con lesión cardíaca y profusa hemorragia. La muerte se produjo a los pocos segundos de producida la herida.

—Es un caso muy difícil —aseguró el coordinador de Industria —. Debemos investigar el caso a fondo.

—Antiguamente había policías que se encargaban de estas cosas —dijo el presidente—. ¿Qué haremos ahora, si carecemos de cuerpo policial?

—Nombrar un investigador con plenos poderes —sugirió el coordinador de Energía, de toga anaranjada.

—Eso mismo había pensado yo —convino el supremo coordinador—. Pero no tenemos a nadie especializado en tales menesteres. Cualquiera que lleve la investigación a su cargo, deberá partir de cero, en lo que a este problema se refiere.

—Cierto —contestó el de Industria—. ¿Qué procedimiento se va a seguir para la elección?

—En opinión de ustedes, ¿qué cualidades debería reunir el investigador?

—Inteligente —dijo uno.

—Enérgico —añadió otro.

—Resuelto.

—Valeroso.

—No debe dejarse impresionar por las circunstancias adversas, sean éstas cuales fueran.

—Joven, con edad no superior a los cincuenta años reales.

—Sicólogo.

—Y debe concedérsele una autoridad total, incluso sobre nosotros mismos, a fin de que lleve a buen término su investigación.

—Además, se le concederán poderes para juzgar y castigar al asesino, según su recto juicio.

—El nombramiento se hará público y todos deberán conocer al investigador.

—Se le entregará un emblema especial. Todas las puertas, todas las mentes, estarán abiertas para él.

El supremo coordinador sonrió.

—Caballeros, han descrito ustedes exactamente al que, desde ahora, recibirá el título de investigador —dijo.

—¿Cuál será el procedimiento para la elección? —quiso saber el coordinador de Alimentación.

—El mismo que se emplea para otros altos cargos, inferiores en rango a los nuestros, sin embargo.

—¿La máquina?

—Sí.

—Es preciso programar los datos personales exigidos al investigador.

El presidente oprimió un botón. Segundos después y por una ranura situada ante cada uno de los asistentes, apareció una tarjeta perforada.

Los coordinadores entregaron su tarjeta respectiva al presidente. Este apiló todas y las colocó en una pequeña tolva, que las hizo desaparecer en el interior de otra ranura de mayor tamaño.

Luego presionó un botón. Los asistentes aguardaron en silencio durante unos minutos.

Al cabo de un rato, una tarjeta salió por otra ranura distinta. El presidente la puso ante los ojos y leyó:

—La máquina ha elegido a Stel Daghan, ingeniero sicotrónico, treinta y cinco años reales, soltero, número R — 9 — 4215 — L — 31. ¿Alguna objeción, caballeros?

—Si lo ha dicho la máquina… —murmuró el de Industria.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo de pronto el coordinador de Transportes Interestelares.

—Exprésela, por favor —pidió el presidente.

—¿Y si el asesino, en lugar de ser una persona, hubiera sido un robot?

—¡Eso es una blasfemia! —dijo el supremo coordinador—. Ningún robot puede asesinar a una persona; ni siquiera causarle el menor daño. Lo tienen prohibido por ley desde el instante de su puesta en funcionamiento.

El presidente carraspeó y concluyó:

—Por tanto, queda elegido investigador, con plenos poderes, el ciudadano Stel Daghan. La noticia se hará pública a la mayor brevedad posible.

## CAPÍTULO II

Stel Daghan, ingeniero sicotrónico, cifra R — 9 — 4215 — L — 31 estaba muy ocupado comprobando la perfecta tersura de la piel de Ina Werr, vigilante de Control de Alimentos, cifra Y — 3 — 7701 — K — 1. En aquellos momentos, a Daghan le tenía sin cuidado la Psicoelectrónica, abreviado, Psicotrónica.

—Es increíble —dijo Daghan a media voz.

—¿Qué es increíble? —preguntó Ina.

—Tú. ¿Eres natural?

—No soy un robot —dijo Ina con una risita.

—Entonces, has tenido padre y madre.

—Claro, como tú.

—Por eso digo que eres increíble. Yo llegué a pensar que una cosa tan perfecta había salido de una máquina. —Ina rió halagada. Ciertamente, era una mujer sumamente hermosa y de figura escultural.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó ella de pronto.

—Sed, ¿eh? —sonrió Daghan.

—Un poco. ¿Has agotado tu ración de hoy? —Daghan le guiñó un ojo maliciosamente. Se puso en pie y caminó hacia una pared de suaves tonos. Presionó un botón y un trozo de la pared se descorrió silenciosamente a un lado.

Ina vio dos botellas y algunas copas. Sus ojos se dilataron por el asombro.

—Es increíble —exclamó—. ¡Botellas de vino, Stel! ¿De dónde las has sacado?

—Nena, acostúmbrate a no hacer jamás preguntas indiscretas —Daghan llenó dos copas y regresó al diván de patas invisibles antigravitatorias, suspendido a dos palmos del suelo—. Bebe y compara con tu ración.

Ina probó el rojo líquido contenido en la copa y entornó los ojos, a la vez que suspiraba admirativamente.

—Es deliciosísimo —alabó.

—Cuando tengas ganas de beber otra copa más, ven a verme.

—¿Me costará mucho? —preguntó ella.

Daghan le quitó la copa que, junto con la suya, dejó sobre una mesa suspendida en el aire. Luego se inclinó sobre ella y la abrazó, a la vez que murmuraba:

—Voy a decirte el precio, hermosa.

Buscó los labios de Ina. Pero no llegó a tocarlos con los suyos.

Un suave «nang — nang» se expandió por la atmósfera, repitiéndose varias veces. Daghan soltó una interjección poco académica y se enderezó.

—Noticia general —exclamó Ina.

—Sí, y precisamente en este mismo momento —gruñó él de mal talante.

Una gran pantalla de televisión, de metro y medio de lado, se iluminó en la pared situada frente al diván. Los altavoces del aparato sonaron:

—¡Atención, atención! Noticia general para todo el planeta Tierra y sus colonias lunares, venusinas y marcianas. Se ha cometido un asesinato. El Consejo de Coordinadores, bajo la presidencia del supremo coordinador, Kerk Ellith, ha acordado lo siguiente…

Estupefactos, Daghan e Ina vieron la imagen del joven aparecer de repente en la pantalla.

—Se nombra investigador, con plenos poderes, a Stel Daghan, cifra R — 9 — 4215 — L — 31. Todos los ciudadanos están obligados a cooperar con él y deberán acatar sus indicaciones, sin la menor objeción. Fin de la emisión.

La cara de Daghan continuó todavía algunos segundos en la pantalla. Luego, se esfumó y la pared recobró su aspecto habitual.

Ina miró al ingeniero con expresión atónita.

—Te han… nombrado investigador —dijo con voz balbuciente.

Daghan no dijo nada. Se sentía estupefacto. ¿Por qué él?, precisamente, se preguntó.

De repente, Ina se puso en pie. Antes de que pudiera detenerla, echó a correr y desapareció de la vista de Daghan.

* * *

Stel Daghan tomó un poco de pasta con los dedos y se la pasó por la cara y la barbilla, situado frente al espejo. Esperó un minuto y luego se lavó la cara, secándose a continuación ante el chorro de aire caliente.

Ya se había afeitado. Abandonó el baño y se dirigió a su dormitorio, donde se vistió con un par de pantalones, botas y una blusa cerrada, con mangas hasta la muñeca. Era toda su indumentaria.

Todavía no se había recobrado de la sorpresa que le había producido su nombramiento de investigador. ¿Qué sabía él de procedimientos policiales?

¿Por qué tenía que dedicarse a investigar un crimen, abandonando su trabajo habitual?

Alguien tocó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo el ingeniero.

La puerta se abrió. Alguien dijo:

—Señor, han traído algo para usted.

Daghan frunció el ceño. Alargó la mano y tomó el objeto que le tendía su sirviente.

—Manny —dijo.

—¿Señor? —contestó el sirviente.

—Tú eres un robot.

—Sí, señor.

El robot vestía exactamente igual que Daghan, salvo que el color de sus ropajes era de un pronunciado gris acero y que, en el lado izquierdo del pecho, llevaba una gran R de color rojo.

Debajo de la inicial que denotaba su condición robótica, estaba impreso el número de su serie de fabricación. A no ser por estos detalles, se le habría confundido fácilmente con un humano.

—Manny, ¿tienes registrado en tus circuitos memorísticos algo que hable de procedimientos policiales?

—Lo siento, señor; jamás se me hizo una grabación semejante en el momento de mi montaje.

—Me lo suponía —suspiró Daghan—. Gracias, Manny. —Daghan era un hombre extremadamente cortés, incluso con su robótico sirviente.

—A usted, señor —contestó la máquina con figura humana—. Pero si el señor me permite una sugerencia.

—Por supuesto, Manny.

—En tal caso, le aconsejaré haga una teleconsulta a la Biblioteca Planetaria, Sección Criminología y Policial.

—Eso está prohibido, Manny —dijo Daghan vivamente.

—Me permito recordar al señor que le han nombrado investigador con plenos poderes.

—Es cierto —reconoció el ingeniero—. Sí, es una buena idea. Gracias otra vez, Manny.

El robot hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Siempre su fiel servidor, señor —murmuró.

Y salió del dormitorio, dejando a Daghan solo con el paquete recién llegado en las manos.

Al cabo de unos segundos, Daghan rasgó la envoltura del paquete y halló una caja, en cuyo interior encontró una placa metálica, rectangular, esmaltada en azul, con tres figuras en su interior, semejantes a hélices de tres palas, en oro.

Las hélices estaban submontadas y en posición de Y, de tal modo, que las laterales se tocaban sobre la central. Dentro de la caja había una nota escrita en la que se le indicaba que, mientras durase su período de investigación, debería ostentar continuamente el distintivo de su cargo.

Daghan volvió a maldecir. Pero era preciso obedecer. Lanzando un suspiro de resignación, se colocó la placa en el lado izquierdo del pecho y se dirigió a la sala.

—¡Manny! —llamó.

El robot contestó desde otra habitación interior.

—¿Señor?

—Sírveme una copa, por favor.

—Al momento, señor.

Con la mano derecha, Daghan empujó un sillón de invisibles patas antigravitatorias y lo situó a tres metros de la pared. Luego se acercó a ésta y pulsó un botón.

—Comunicación con la Biblioteca Planetaria —pidió.

—Al momento, señor —contestó la voz de una persona invisible.

Segundos después, sonó otra voz:

—Biblioteca Planetaria. Solicite su lectura, por favor. ¿La prefiere sonora o en imagen?

—En imagen —puntualizó el ingeniero—. Quiero leer todo lo

relacionado con Criminología y Ciencia Policial.

—Tema prohibido, tema prohibido, tema prohibido… —recitó la voz mecánicamente.

—¡Soy el investigador Stel Daghan! —exclamó el ingeniero autoritariamente—. ¿Mis plenos poderes son reales o es un embuste?

—Perdón, señor —dijo la voz—. Para usted, no existe prohibición alguna. Dentro de dos minutos, tendremos listo todo lo concerniente a su petición.

—Gracias.

Daghan retrocedió y se sentó en el sillón. Manny, el robot, alargó hacia él una bandeja en la que había una copa con vino.

—Si el señor me lo permite… —dijo el robot.

—Por supuesto, Manny. ¿De qué se trata?

—A su petición de lectura sobre el tema sugerido, yo añadiría la solicitud de transmisión rápida hipnopédica. Ganaría muchísimo tiempo y todo lo aprendido quedaría grabado en su subconsciente, pudiendo surgir luego a la superficie de su consciencia normal, en el momento que necesitara de tales conocimientos.

Daghan miró con un ojo a su robot.

—Manny —dijo—, a veces yo dudo si eres un humano o un robot.

El ingeniero creyó ver un esbozo de sonrisa en los labios artificiales de la máquina con apariencia humana.

—Soy un robot, señor —contestó Manny—, y debo añadir que gran parte de mis conocimientos se deben a las mejoras introducidas por el señor, en los nuevos circuitos psicotrónicos de memoria.

—Algo hay de eso, en efecto —convino el joven—. Y lo que acabas de decir me ha dado una idea.

—¿Señor?

—Soy investigador con plenos poderes, Manny. Eso significa que puedo hacer cuanto estime necesario para mejor ejercer el cargo que se me ha confiado.

—Así es, señor.

—En tal caso, ¿te importaría ser mi colaborador?

—Representaría para mí un honor, pero…

—Pero ¿qué, Manny?

—Me da vergüenza recordar al señor, dada su elevada capacidad de ingeniero psicotrónico, que soy un robot y que, por tanto y por ley robótica, impresa en mis circuitos desde el momento de mi construcción, no puedo causar el menor daño a los seres humanos.

—Oh, Manny, no, yo no te pido que te enredes a puñetazos con las personas. Sólo quiero que colabores conmigo. Te necesito, ¿comprendes?

El robot se inclinó.

—En tal caso, el señor puede contar conmigo incondicionalmente —respondió.

# CAPÍTULO III

El doctor Sperry procuró mantener la ecuanimidad al verse frente a un visitante completamente inesperado. Carraspeó un poco y dijo:

—¿En qué puedo serle útil, investigador?

Daghan se dio cuenta de la cara que había puesto el galeno al verle. Sin embargo, se esforzó por aparentar normalidad.

—Deseo conocer todos los detalles técnicos de la muerte de Per Anderson —manifestó.

—¿Verbal o imagen?

—Tanto da. Hágame usted un pequeño resumen, doctor.

—Bien, en tal caso le diré que el cuerpo de Anderson resultó atravesado por un proyectil de materia desconocida, que no ha podido ser hallado. Dados los destrozos del corazón de la víctima, la muerte se produjo casi instantáneamente, aunque igual habría ocurrido, de no haber sido afectado el corazón, si bien en un plazo mayor de tiempo.

—Por hemorragia, claro.

—Sí, investigador.

—¿Encontraron en el cuerpo de la víctima señales de alguna enfermedad?

—No, gozaba de una salud perfecta. De hierro, como se decía antiguamente.

—En tal caso, debe descartarse la posibilidad de suicidio.

—¿Cuánto tiempo hace que no se ha producido ningún suicidio, investigador? —preguntó el doctor Sperry, con una punta de ironía en la voz.

—Es cierto —reconoció Daghan—. Entonces no se ha conseguido conocer la materia de que estaba hecho el proyectil.

—No, investigador.

—¿Qué diámetro tenía el proyectil?

—Unos doce milímetros, aproximadamente, cosa que se deduce

del examen del orificio de entrada en el cuerpo de la víctima.

—Está bien, doctor, creo que ya no tengo que preguntarle nada más… Ah, sí, lo había olvidado. Todavía quiero saber una cosa, más bien una opinión suya.

—Usted dirá, investigador.

—¿Estima conveniente para las personas el tratamiento R.M.P.?

El doctor Sperry se echó hacia atrás en su asiento, como si hubiese escuchado una herejía.

—¡Investigador! ¡Poner en duda la eficacia del tratamiento R.M.P. es dudar de las bases de nuestra sociedad actual! —exclamó, casi con violencia.

Daghan sonrió, mientras se ponía en pie.

—Quizá, doctor, pero soy humano y tengo derecho a la duda. ¿No se le había ocurrido pensar en eso? Gracias, doctor. Buenos días.

Daghan abandonó el despacho del galeno y salió al corredor del hospital donde se había hecho la autopsia a la víctima.

Manny le esperaba en pie en el corredor. Al captar la figura del joven con sus circuitos visuales, se puso a andar y se emparejó con él, situándose respetuosamente a su izquierda.

—¿Has oído, Manny? —preguntó Daghan, a media voz.

—La transmisión ha resultado perfecta, señor —contestó el robot.

—¿Tienes alguna opinión que darme?

—Una, sobre armas de fuego antiguas, señor.

—Sí, según se deduce, Per Anderson fue muerto de un balazo —dijo Daghan, pensativamente—. Pero ya no hay armas de fuego ni de ninguna otra clase. Incluso las de los museos son simulaciones no útiles, salvo para su contemplación.

—Y la fabricación de pólvora y otros explosivos similares fue prohibida hace más de ciento veinte años.

—Esto pone el caso muy difícil, Manny —dijo Daghan, mientras se acercaban al ascensor.

—Es cierto, señor.

Descendieron hacia la planta baja. Durante el viaje, Daghan dijo:

—Creo que me convendría solicitar un transporte individual instantáneo.

—Sería una buena idea, señor —convino el robot.

—Pero, en tal caso, tú no podrías acompañarme. Los transportes instantáneos os están prohibidos.

—Entonces, el señor podría comunicarse conmigo por medio del transmisor que se ha construido especialmente para el caso.

—Eso sí es verdad —admitió Daghan—. Sí, pediré ese artefacto. ¡Qué diablos! En determinado momento puede resultarme muy útil.

Salieron del ascensor. El personal del hospital y los clientes que pululaban por la planta baja, se apartaban rápidamente al ver a Daghan.

Algunos le miraban con curiosidad morbosa. Otros, la mayoría, volvían la cara desdeñosamente.

Daghan y Manny salieron a la calle.

—¿Por qué me mira tan mal la gente, Manny? —preguntó el investigador.

—Eso tiene una respuesta rápida, señor.

—¿Cuál es, Manny?

—Ustedes, los humanos, han sido sometidos al tratamiento R.M.P. Por tanto, la vista de una persona relacionada con un crimen, les produce una instintiva sensación de disgusto, de la que se deriva el desdén y el horror.

—¡Pero yo no tengo la culpa de que la máquina me eligiera a mí para el cargo!

Manny abrió respetuosamente la puerta del monorrueda que había servido para transportarles hasta el hospital.

—El señor debe consolarse pensando en que lo mismo habría sucedido con otro humano elegido para investigador —dijo—. ¿Programo el regreso a casa, señor?

—Sí, Manny —suspiró Daghan, retrepándose en el asiento—. Vámonos a casa, a maldecir el nuevo cargo…

—A continuar sus estudios de criminología, señor… —puntualizó el robot.

* * *

Daghan despertó de una sesión de cuatro horas de enseñanza durante el sueño. El procedimiento de aprendizaje hipnopédico, en fase aceleratoria, le había producido los mismos efectos que veinte horas leyendo sin parar libros sobre el tema.

Además, y esta era la ventaja del sistema, todo lo que aprendía quedaba grabado indeleblemente en las capas más profundas de su subconsciente. Cuando terminase el período de aprendizaje, podría considerarse como un perfecto investigador.

Luego hizo una hora de ejercicios físicos racionales. Se metió en la ducha y después de secarse se vistió. Tenía apetito. Manny le sirvió una sustanciosa comida.

—Antiguamente, los alimentos eran naturales —dijo Daghan—. La carne era carne y no residuos de serrín tratados orgánicamente; las verduras procedían del campo y no de una fábrica de síntesis alimenticias.

—Y la gente vivía menos años, señor.

—Pero vivía a gusto —rezongó Daghan.

«¿Cómo sería un buen filete a la plancha? —se preguntó—. ¿Y un muslo de cordero asado? Y una naranja recién arrancada de un árbol, ¿qué sabor real tendría?»

—Este mundo nuestro está demasiado mecanizado, demasiado dirigido; todo es demasiado fácil para el hombre —dijo a media voz, como si hablase consigo mismo.

—Pero ello libra de muchos inconvenientes a los humanos, señor —dijo el robot.

—Tal vez, aunque pienso que sería preferible un poco más de estímulo en las actividades normales de los hombres.

Un suave «ding — dong» interrumpió el conato de discusión filosófica.

—Creo que llaman, Manny.

—Iré a ver quién es, señor.

El robot se dirigió hacia la puerta. Abrió y sus circuitos visuales captaron la imagen de una esbelta joven parada ante el umbral.

—¿Investigador Daghan? —preguntó ella.

—Soy su sirviente personal, señora —dijo Manny.

—Ah… —La joven se sonrojó ligeramente—. Haga el favor de anunciarme.

—Sí, señora. Tenga la bondad de pasar, señora. ¿Su nombre, por favor?

—Broi, Lily Broi —se presentó ella.

Manny se alejó hacia las habitaciones interiores. A los pocos segundos regresó y dijo:

—El investigador se sentirá muy honrado de recibirla, señora Broi.

—Señorita —puntualizó Lily.

—Perdón, señorita —se excusó el robot.

Manny caminó, precediendo a la joven, hasta llegar a la puerta del salón. Desde allí, anunció:

—Señor, la señorita Lily Broi.

Daghan estaba tomándose una taza de café sintético. Se limpió los labios y se incorporó:

—Señorita Broi, ¿en qué puedo servirle? —preguntó. Al mismo tiempo que hablaba, examinaba a su bella visitante, cuya edad calculó en unos veinticinco años reales. Lily tenía el pelo rojizo, muy corto, y vestía un sucinto peto que dejaba enteramente la espalda al descubierto. Un par de ceñidos pantalones, botas de color rojo completaban su atavío. En la mano izquierda llevaba un pequeño bolso, que contenía sus efectos personales.

—Es un placer conocerle, investigador —dijo Lily.

—Muchas gracias, señorita —sonrió Daghan—. ¿Quiere sentarse?

Ella accedió con un ligero movimiento de cabeza. Cruzó las piernas y miró al dueño de la casa.

—Vengo a formular una denuncia, investigador —declaró sin más preámbulos.

Daghan enarcó las cejas.

—¿Una denuncia?

—En efecto, investigador.

—Perdone, pero no entiendo. ¿Qué es lo que quiere denunciar?

—Yo tenía un transportador individual instantáneo… Me lo han robado.

Daghan calló unos instantes.

—Se trata de un robo —dijo al cabo.

—Exactamente.

—¿Por qué ha venido a mí, señorita?

—Usted es investigador, señor Daghan.

—Pero sólo para el asesinato de Per Anderson.

—Usted conoce las circunstancias en que apareció el cadáver de Anderson.

—Por supuesto.

—Anderson no se cayó de una casa, nadie vio que lo llevaran allí, muerto, en brazos, a plena luz del día. Apareció repentinamente. El suelo estaba limpio, y, de pronto, se vio el cadáver de un hombre. Veinticuatro horas antes había notado yo la falta de mi transportador instantáneo. ¿No le dice esto nada, investigador?

—¿Y por qué no informó antes del robo, señorita Broi?

—¿A quién iba a informar, si no hay policía en todo el sistema solar?

## CAPÍTULO IV

La respuesta de Lily era de una lógica aplastante.

—Tiene usted razón, señorita —contestó Daghan.

—Entonces, ¿investigará para encontrar mi máquina?

—Poco a poco —dijo él—. ¿Dónde la tenía usted?

—En casa, naturalmente.

—Por su profesión, ¿necesita ese aparato?

—Sí. Soy inspectora de circuitos psicorrobóticos… —contestó Lily.

—Un cargo poco frecuente en una mujer.

—Pero que exige frecuentes desplazamientos, usted lo sabe bien, investigador.

—Desde luego. Una pregunta, señorita Broi. ¿Ha notado algo anormal en su casa?

—No, ciertamente.

—¿Tiene robot personal?

—Sí. Serie SLL — 33 — W… Bueno, yo le llamo Sally… —abrevió la muchacha, con una ligera sonrisa—. La cifra de serie es demasiado larga.

Daghan sonrió también.

—La serie de mi robot es MNN. Por eso le llamo Manny, pero… el nombre de Sally sugiere un robot con figura femenina.

—Investigador, yo soy mujer, y aunque sé que Sally no es sino una máquina, no resulta agradable ser ayudada en el baño por un robot con figura masculina.

—Entiendo —digo Daghan—. Son restos atávicos del subconsciente pudoroso de la mujer.

—Claro que sí; y pocas mujeres solteras encontrará usted con un robot que no tenga figura femenina. Pero no hablábamos de eso, sino de mi transportador.

—Es cierto. Se lo han robado. ¿Tiene idea de quién ha podido hacerlo?

—No, investigador.

—¿Ha recibido visitas en los últimos días?

—No. La última, unas amigas mías, estuvieron la semana pasada.

—Es decir que, teóricamente, nadie ha entrado en su casa sino usted y su robot.

—Exactamente.

—Nunca se había dado el caso del robo de un aparato de ésos —dijo Daghan.

—Porque el que lo robó planeaba la muerte de Anderson.

Hubo una corta pausa de silencio, rota a los pocos segundos por Daghan.

—El asesino cometió su crimen —recitó—. Tenía su propio transportador individual y puso el de usted, después de robado, en el cuerpo de su víctima. Señaló las coordenadas de la avenida donde apareció el cadáver y se trasladó con él al lugar donde pensaba dejarlo. Luego regresó a…

—A su escondite —dijo Lily.

—Pero más tarde puede devolverle la máquina.

—No lo hará. Su viaje quedó programado. Si la devuelve y borra la grabación del viaje, yo veré que la máquina ha sido desprecintada ilegalmente y eso no le conviene. Y si lo devuelve intacto, usted, que puede hacerlo, lo desprecintará y averiguará en el acto quién lo hizo.

—Es verdad. —Daghan sonrió—. Investigaré el caso, se lo prometo.

Lily se puso en pie.

—Gracias, señor Daghan.

—Espere —dijo él—. Quiero hacerle dos preguntas.

—Sí, investigador.

—La primera es: ¿No siente repugnancia de mí?

—¿Por qué había de sentirla? Usted es un hombre como todos los demás. Su cargo es necesario, simplemente.

—Gracias, señorita Broi. La siguiente pregunta es: ¿Qué opina usted del procedimiento R.M.P.?

—¡Detestable! —contestó Lily, tajantemente. Momentos después, Manny entraba en la sala.

—¿Qué te ha parecido mi visitante? —preguntó Daghan.

—¿Física o psíquicamente, señor? —Daghan se echó a reír.

—En el segundo aspecto —dijo—. Respecto del primero, tengo una vista magnífica.

—Le diré una cosa, señor. El día en que el señor solicite programarse para el matrimonio, la esposa programada se parecerá mucho a la señorita Lily Broi.

—¡Caramba, qué agudo eres, Manny!

El robot se inclinó respetuosamente.

—Su elogio ha inflamado mi orgullo robótico —contestó—. Con su permiso, señor; dejaré de servirle durante una hora. Es mi período semanal de reposición de kilovatios y aceite.

Al día siguiente, Daghan recibió la máquina de transporte individual instantáneo.

Sustancialmente, consistía en una especie de chaleco muy liviano, que podía llevarse bajo la ropa, unido por la parte inferior a un ancho cinturón de una sustancia muy semejante al cuero.

En lugar de hebilla, el cinturón llevaba una especie de caja de control, dotada de una serie de teclas en parte numeradas y en parte señaladas por distintas letras. Daghan se colocó el artefacto directamente sobre el cuerpo, aunque dejó el cinturón al exterior.

Se puso la blusa sobre el chaleco, y una vez equipado, se acercó a la pared.

Apretó una tecla.

—Coordenadas del domicilio de Per Anderson —solicitó, añadiendo además la cifra de identificación del difunto.

Esperó un minuto. Al cabo de ese tiempo, la pantalla se iluminó.

Daghan pulsó las teclas, de acuerdo con la respuesta recibida. Al terminar, oprimió otra tecla señalada con el indicativo de «Traslación».

La decoración que le rodeó un segundo después era muy parecida a la de su departamento, aunque había detalles que indicaban los distintos gustos del difunto ocupante del piso. Daghan paseó la mirada por el panorama circundante.

Allí había vivido un hombre asesinado. ¿Quién era el asesino? ¿Por qué había cometido el crimen? ¿Cuál era el arma empleada?

El examen de la vivienda de un asesinado era parte de la técnica de investigación que había aprendido los días pasados. Daghan empezó a husmear aquí y allá, sin encontrar nada de particular

durante sus primeras pesquisas.

Al cabo de un rato, sobre una mesa, divisó una agenda.

El hecho era raro. La gente solía llevar agendas con grabaciones orales. Pero Anderson, por lo visto, había preferido el viejo procedimiento del papel y un lápiz.

Hojeó la agenda. Estaba nueva, sin usar, salvo en la letra H.

Emma Hallez, A — 6 — 3536 — N — 88, 130° Nivel, 55. avenida, 9237, T — 3.

Sería cosa de interrogar a la tal Emma Hallez. ¿Soltera? ¿Casada?

¿Un devaneo amoroso? Con una casada, imposible.

—Está el procedimiento R.M.P. —dijo a media voz. Guardó la agenda en el bolsillo posterior de sus pantalones-botas. No creía encontrar ya mucho más en el piso.

De pronto, oyó un ligero ruidito a sus espaldas.

Se volvió. Un hombre saltaba sobre él, con intención de golpearle.

«A este tipo le ha fallado el procedimiento R. M. P.», pensó, mientras se disponía a repeler el ataque.

Cayó de espaldas y levantó las piernas. Cuando el hombre se arrojó sobre él, disparo los pies y le golpeó con fuerza en el estómago.

El hombre cayó a un lado, con ligero estruendo de vidrios rotos y metales astillados. Delgadas columnitas de humo empezaron a brotar por sus orificios nasales. Daghan se incorporó de un salto.

¡El atacante no era un humano! ¡Era un robot!

Se quedó aterrado al darse cuenta de la monstruosidad del suceso.

Resultaba sumamente extraño el que un hombre hubiera sido asesinado. Durante ciento setenta y tres años, no había ocurrido nada semejante.

Pero hacía más de tres siglos que se usaban robots con figura humana. En realidad, el empleo de tales robots se había iniciado a fines del siglo XX.

Y en trescientos años, Daghan lo sabía bien, dada su especialidad, era la primera vez que veía a un robot rebelarse contra las leyes grabadas en sus circuitos y atacar a un ser humano.

Las columnitas de humo cesaron. Se debían, simplemente, a

cortocircuitos provocados por el golpe en la maquinaria interna del robot.

Pero el suceso era sumamente grave. Significaba, sencillamente, que alguien había modificado los circuitos internos del robot, grabando en ellos ideas agresivas contra los humanos.

Mejor dicho, contra un humano: el investigador Stel Daghan.

* * *

Los aparatos de la casa de Anderson estaban intactos. Daghan se acercó al televisor y solicitó una información.

Minutos más tarde aparecía la cara de Lily en la pantalla.

—¿Desea algo de mí, investigador? —preguntó.

—Sí, señorita Broi. Tome nota de esta dirección, se lo ruego.

Lily obedeció. Luego preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Puedo saberlo?

—Se lo diré cuando haya venido. La espero inmediatamente.

—¡Pero ahora estoy en mi trabajo!

—Le he dado una orden, señorita Broi —cortó Daghan, enérgicamente—. ¿No oyó la noticia general transmitida a todo el sistema solar?

—Sí, es cierto; le han sido conferidos plenos poderes para investigar este caso.

—Exactamente. ¿Necesito decirle algo más?

—Es suficiente, investigador. Iré a la dirección indicada con la mayor rapidez posible.

—Gracias, señorita Broi… Ah, por favor, tráigase su equipo de diagnóstico.

—Sí, señor.

Daghan cortó la comunicación. Acto seguido, volvió junto al robot «muerto» y se arrodilló a su lado.

Le quitó la blusa gris acero. Debajo de la misma divisó un transportador instantáneo.

Sonrió. Aquel aparato explicaba la súbita aparición del robot en casa de Anderson.

Luego leyó la inscripción que el robot tenía en el lado izquierdo de su pecho recubierto de piel artificial. El número de serie estaba grabado indeleblemente. También el número de la fábrica donde se

había construido aquella máquina con figura humana.

«Tendré que investigar en la fábrica número 877», se dijo pensativamente.

# CAPÍTULO V

Daghan abrió la puerta y se encontró frente a frente con la muchacha.

—Pase, señorita Broi —invitó.

Lily llevaba pendiente del hombro, por medio de una correa, una caja de forma oblonga, de unos treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y casi otro tanto de grueso. Dio dos pasos, se detuvo y miró al joven.

—¿Qué sucede, investigador?

—He matado a un robot —respondió Daghan, escuetamente.

Lily se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho? —exclamó.

—Ya lo ha oído.

Daghan agarró a Lily por un brazo y la condujo a la habitación donde yacía el robot.

—Ahí lo tiene —señaló al robot con la punta de su barbilla.

—Parece que haya sufrido una grave avería —opinó Lily.

—¿Grave avería? Le puse los dos pies en la tripa y lo lancé a lo alto. Claro que lo hice porque él me atacó. —Lily le miró horrorizada.

—¿Un robot le atacó a usted, un humano? ¡Eso es imposible, inconcebible!

—¿Duda de mi palabra? —se amoscó él.

—Bueno, no, pero…

—Le he dicho exactamente lo que sucedió, señorita Broi —dijo el investigador, severamente—. Sólo me di cuenta de que era un robot cuando empezó a salir humo por su nariz. Si no cree que me quedé tan pasmado como usted cuando yo le he dado la noticia, es que ya no creerá nada.

—Me siento aturdida —murmuró Lily—. Es la primera noticia que tengo del ataque de un robot a un humano en tres siglos.

—También se ha cometido un asesinato, el primero en siglo y

tres cuartos; y un robo, el primero en más de cien años —Daghan soltó una risita—. Parece que nuestra monótona existencia se va animando un poco.

—No bromee a cuenta de unos sucesos horribles y espantosos —se indignó ella.

—Nuestra vida es demasiado cómoda. Claro que abomino de estos sucesos, pero tenemos todo demasiado previsto para no sentir hastío en muchísimas ocasiones.

—¿Qué incentivos tiene la existencia para uno? Todo se obtiene sin más que pedirlo, hasta… el amor. Si uno quiere casarse, le programan el cónyuge más adecuado a sus características personales. A veces envidio a los exploradores espaciales, créame.

—Pero usted no se ha hecho uno de ellos.

—Soy más bien sedentario, lo cual no quiere decir que esté del todo conforme con la actual sociedad. Tiene muchas cosas buenas, pero también, y aunque nadie lo quiera reconocer, muchas cosas negativas. En fin, no estamos aquí para una discusión social. Lily, voy a llamarla por su nombre a partir de ahora.

—Sí, señor.

—Usted me llamará Stel, que es el mío. Bien, Lily, puesto que usted es inspectora de circuitos psicorrobóticos, es preciso que averigüe por qué me atacó esta máquina con aspecto humano.

—Desde luego… ¡Oiga! —exclamó Lily, sorprendida—. ¡Lleva máquina transportadora instantánea!

—Otra nueva violación de la ley —calificó él.

—Es verdad. Los robots no pueden usar estos aparatos.

Lily se arrodilló junto al robot y desabrochó el cinturón y el chaleco de la transportadora instantánea. Luego abrió su caja de diagnóstico y extrajo de ella un objeto semejante a un destornillador.

Daghan separó del cinturón de la máquina la caja de control. Mientras, Lily manipulaba en el robot.

Con el destornillador, presionó en cuatro puntos los vértices de un cuadrado de las dimensiones aproximadas del pecho. Una tapa saltó automáticamente y el interior del robot quedó a la vista.

Acto seguido, Lily tocó con aquel destornillador en dos puntos más de la maquinaria del robot. Luego buscó en la caja y sacó una lupa y un par de pinzas.

Con las pinzas sacó un tubito de unos dos milímetros de grueso por veinte de largo. Lo examinó un momento con la lupa y luego dijo:

—Este es el circuito integral distribuidor de recepción. Pero la lupa no es suficiente. Tendré que examinarlo con el ultramicroscopio.

—¿En su casa o en la fábrica?

—En mi propia casa. Conseguí que me instalaran uno. De este modo, puedo trabajar más cómodamente y… —Daghan lanzó, de pronto, una exclamación de alarma.

—¡Cuidado!

Una delgada columnita de humo surgía del abierto pecho del robot. Daghan sintió subconscientemente una alarma indefinible, y actuando con rapidez, agarró a Lily por un brazo y se la llevó de allí a la carrera.

Alcanzaron la habitación inmediata. Apenas lo habían hecho, se oyó una tremenda explosión.

Un tabique se derrumbó estrepitosamente. El humo invadió la casa.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó Lily, con voz temblorosa.

—Antaño se llamaba a esto una bomba —contestó Daghan, ceñudamente—. Pero el que la montó en el robot, previendo un posible fracaso, o tal vez para ocultar su rostro, carece de experiencia en estos menesteres. ¿Ha conservado usted el circuito integral distribuidor?

—Por fortuna, sí —respondió ella.

Daghan hizo saltar una cosa en la palma de la mano.

—Y a mí se me ocurrió quitar de la transportadora su caja de control —dijo—. ¿Se atreverá usted a revisar la grabación de los viajes que hizo esa máquina antes de ser colocada a un robot?

—Desde luego.

—Entonces, no se hable más. Vuélvase a casa y deje que yo me enfrente con las consecuencias de este zambombazo.

Lily se marchó. Daghan se asomó al lugar donde se había producido la explosión y contempló las ruinas que sembraban el lugar.

El robot se había convertido en infinidad de fragmentos. Aquí y allá surgían todavía ligeras columnitas de humo. El suelo estaba

sembrado de escombros y muebles hechos astillas.

—Muy ingenioso, señor asesino —murmuró el joven, hablando consigo mismo—. Un procedimiento muy ingenioso para eliminar personajes incómodos y de paso borrar rastros comprometedores. Lo que pasa es que no tienes costumbre de planear crímenes, y la bomba, por suerte nuestra, te falló.

Luego, una duda asaltó a Daghan. ¿Habría consultado el asesino en la biblioteca planetaria la sección de criminología?

Él lo había hecho así porque lo requería su cargo… Pero un simple particular no podía hacerlo; estaba prohibido.

Y si se había efectuado tal consulta, ello significaba que había sido hecha por una persona de elevado rango. ¿Algún coordinador?

Era una herejía pensar tal cosa. Tenía que indagar por otra parte, decidió finalmente.

* * *

—Las noticias que me ha dado el señor anonadan mis circuitos receptores —declaró Manny—. No comprendo cómo un robot pudo atacar al señor, cuando el respeto y la obediencia a los humanos es algo inherente a nosotros.

—Pues así sucedió, Manny —corroboró Daghan, llevándose a la boca una copa de vino—. Al robot le hicieron olvidar la ley robótica.

—¿No le insertarían en sus mecanismos un circuito de agresividad?

Daghan se volvió hacia su sirviente mecánico.

—¡Manny! ¡Qué idea has tenido! ¡Claro que sí, un circuito de agresividad!

—Con potencial superior al circuito de obediencia.

—Por supuesto, pero ese circuito de agresividad obraba solamente con respecto a determinada persona.

—Usted, señor.

—Sí, así fue. —Daghan se mordió los labios y luego dijo—: Manny, esto es muy grave. Voy a tener que solicitar una audiencia con el supremo coordinador.

—Una excelente idea, señor.

—Tengo que hablar con él, desde luego. Por fortuna, no se ha

hecho pública la noticia. ¿Te imaginas lo que ocurriría si la masa supiese que un robot había atacado a un humano?

—La gente desconfiaría de nosotros.

—Exactamente. Y vosotros, los robots, sois ya parte integrante de esta sociedad. Vuestra destrucción acarrearía un caos inimaginable. En fin, no quiero ni pensar en ello, Manny. Voy a solicitar esa entrevista y después, mientras llega la respuesta, iré a visitar a una persona.

Daghan se acercó a la pared del televisor. Apretó un botón y un trozo del muro se descorrió, dejando a la vista un teclado semejante al de una máquina de escribir.

Inmediatamente empezó a teclear en una tarjeta perforada ya dispuesta en la tolva correspondiente:

«Personal. Estrictamente reservado. Solicitud de entrevista formulada por Stel Daghan, investigador, A Kerk Ellith, supremo coordinador. Asunto a tratar: asesinato. Asuntos suplementarios: a revelar durante la entrevista.»

Una vez hubo terminado de escribir, sacó la tarjeta y la introdujo en una ranura. Presionó un botón y una máquina se encargó de transportar la solicitud a su destino.

* * *

La mujer que abrió la puerta tras la llamada de Daghan era rubia, de ojos penetrantes, pechos opulentos y amplias caderas. En cierto modo, resultaba vistosa. Daghan calculó su edad en unos treinta y cinco años reales y el doble de temporales.

—¿Emma Hallez? —preguntó.

—Sí —contestó ella—. ¿Quién es usted?

—Stel Daghan, investigador.

Los ojos de Emma se entrecerraron.

—Ah, el policía —dijo.

—Así sí me podría calificar —sonrió Daghan—. ¿Le molesta que entre?

—Desde luego que no. —Emma se apartó a un lado—. Lo siento; no puedo invitarle más que a café sintético. He agotado ya mi ración de vino.

—No se preocupe —contestó él—. De haberlo sabido, yo habría

traído una botella y nos la habríamos bebido juntos. —Miró a la mujer de pies a cabeza y volvió a sonreír—. ¿Sabe que Anderson tenía un gusto exquisito?

Emma pareció sorprenderse de aquellas palabras.

—¿Por qué menciona ese nombre? —preguntó.

—Usted lo conocía, ¿verdad?

—No —negó ella—. Y yo no lo he asesinado.

—No la acuso del crimen, señora. Sólo quiero que mi diga todo lo que sepa acerca de la víctima del primer asesinato cometido en trescientos años.

## CAPÍTULO VI

Emma levantó las cejas.

—¿Por qué tendría yo que saber nada de Anderson? —exclamó, tras las últimas palabras de Daghan.

—Él la conocía a usted, señora. ¿O debo llamarla señorita?

—Emma a secas —indicó ella, displicentemente—. Lo siento, no conocía a Anderson, repito.

—En tal caso, ¿por qué tenía él su nombre y su dirección en una anticuada agenda de bolsillo?

Emma se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó.

A Daghan le pareció que la mujer mentía.

—Entonces, ¿no le ha visto ni ha hablado con él jamás?

—No, nunca —negó ella, tajantemente.

«Sigue mintiendo. ¿Por qué?», pensó Daghan.

—Pero él sí la conocía a usted —alegó. Emma sonrió imperceptiblemente.

—Quizá. Hubo un tiempo en que fui famosa —dijo.

—¿De veras?

—Tuve mi época hace treinta y siete años temporales. —Emma miró a su visitante de pies a cabeza—. Usted era un niño entonces; apenas veía los programas de televisión, si tenía edad siquiera para verlos.

—Pero Anderson tenía solamente cuarenta años.

—Años reales, pero contaba ochenta y un años temporales.

—Mucho sabe usted de una persona a la cual niega conocer —dijo Daghan, perspicazmente.

Emma se quedó cortada.

—Lo han dicho las noticias por la televisión —contestó—. Han dado toda suerte de detalles sobre el muerto. Incluso sus edades, la real y la temporal. Usted es un tipo afortunado; la edad real y la temporal coinciden.

—Un día divergirán —sonrió Daghan—. Pero si Anderson la había visto a usted en su época de fama, hace nada menos que treinta y siete años, ¿cómo es que hizo una anotación quizá hace menos de una semana?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué me pregunta a mí? —dijo, sin abandonar su displicencia.

—¿Tenía algún resentimiento contra Anderson?

—No, ya le he dicho que no le conocía.

—¿Se programó usted alguna vez para matrimonio? —Emma rió fuertemente.

—¡Siete, investigador!

—¿Y cuál fue el resultado?

—Siete fracasos. Tengo un carácter muy difícil.

—En alguna de esas programaciones matrimoniales, ¿no figuró alguna vez el nombre de Per Anderson?

—No; y si no se fía de mí, vaya al registro. Allí encontrará los nombres de mis siete «contrincantes». Ninguno de ellos es Per Anderson.

—Está bien, pero Anderson, de un modo u otro, la conocía a usted.

—No puedo remediarlo. Quizá era un nostálgico y se acordaba todavía de mí. Con su permiso, investigador. —Emma se acercó a la pared y solicitó de la dispensadora de bebidas una taza de café sintético. Mientras llegaba el pedido, Daghan preguntó:

—¿Qué opina usted del tratamiento R. M. P., Emma? —Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo dice la ley, así que, ¿por qué romperse los cascos preguntando si es bueno o malo?

Sacó la taza de la máquina y se volvió hacia él.

—Todo lo dice la ley, todo lo prevé, todo lo controla; no deja el menor resquicio a la iniciativa personal. Siendo así, si la ley ordena que los humanos se sometan al tratamiento R. M. P., no hay motivos para dudar de su bondad.

Se llevó la taza a los labios y empezó a tomar el café a pequeños sorbos.

De repente, Daghan notó un extraño olor en la habitación.

Echó mano de los recuerdos que tenía almacenados en el subconsciente, después de sus sesiones de aprendizaje hipnopédico.

La enseñanza no había sido solamente visual, sino sensorial en determinados casos.

Por tanto, conocía algunos olores que indicaban peligro de muerte en ciertas circunstancias. Y aquel olor era…

¡Almendras amargas! ¡Acido cianhídrico! ¡Acido prúsico!

El olor provenía de la taza que Emma tenía en las manos.

—¡Emma, no beba más! —gritó. Ella le miró sorprendida.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

Daghan saltó hacia ella y le arrebató la taza violentamente. Miró al interior del recipiente. Ya estaba vacío.

De repente, Emma se tambaleó. Un gemido se escapó de sus labios.

Daghan la sujetó entre sus brazos. Los ojos de Emma voltearon agónicamente.

Condujo a la mujer a un diván. Daghan recordó que los efectos del ácido prúsico eran fulminantes. Dada su ignorancia al respecto, resultaba patente que Emma no había podido identificar el olor.

La respiración de Emma se hizo estertorosa. Daghan sabía que era inútil ya tratar de llamar a un médico. Dos minutos más tarde, Emma había muerto.

* * *

—Otro asesinato —dijo Daghan, paseándose a grandes zancadas por el salón—. Esta vez, envenenamiento. —Manny, en pie, escuchaba respetuosamente a su amo.

—Una bala y una dosis de ácido prúsico —siguió Daghan—. ¿Cuál será la siguiente víctima?

—Es algo difícil de profetizar, señor —declaró el robot—. ¿Examinó usted la dispensadora de alimentos?

—Hasta el último tornillo. Está en perfectas condiciones.

—Eso significa que el veneno no pudo llegar de la subcentral de alimentación correspondiente al nivel donde residía la interfecta.

—Así es; y por otra parte, ¿cómo calcular el envío tan exactamente, para que muriese Emma Hallez? Tendrían que haber enviado ácido prúsico para todas las dispensadoras de alimentos del nivel.

—Habrían muerto unas veintidós mil personas —calculó el

robot.

—Y sólo interesaba que muriese Emma.

—Lo que indica que el veneno fue puesto en la taza, señor.

Daghan cesó en sus paseos.

—Sí, fue puesto en la taza. ¿Por quién, Manny?

—El que sea calculó que, tarde o temprano, Emma tomaría una taza de café.

—Sí, Manny. Pero ella me ocultaba algo referente a Anderson. Lo conocía y no quiso admitirlo.

—Al parecer, el tratamiento R. M. P. no obró bien en ella. La mentira está prohibida —dijo el robot. Daghan se sentía desesperado.

—Me encuentro impotente para resolver el caso —declaró—. Todo es nuevo para mí; hay demasiados factores en este asunto para que pueda abarcarlos de una sola mirada.

—El señor no debe desesperar —dijo Manny—. Toda investigación tiene un curso definido que es preciso seguir, aunque sea tortuoso. Estoy seguro de que acabará por descubrir al criminal.

—Para mí, lo peor no consiste en descubrir al asesino, con no ser nada bueno, sino que, en virtud de mi nombramiento, tendré que juzgar y sancionar también. ¿Te imaginas el problema que se me plantea?

—Antiguamente, a eso se le llamaba ser juez y verdugo a un mismo tiempo, señor.

Daghan lanzó una maldición.

—¿Por qué me eligirían a mí para investigador? —se lamentó.

—Lo eligió la máquina, de acuerdo con los datos que se le suministraron, señor.

—Sí, la máquina… —Daghan se mordió los labios—. Ese infernal artefacto que nos rige a todos desde su guarida; argos de billones de ojos que no deja rincón físico ni mental por escudriñar. A veces pienso que me gustaría fabricar una bomba para volar la máquina.

—El señor no debe decir herejías —habló Manny respetuosamente—. Y perdone el señor, pero me parece que veo la señal de llamada.

Manny se acercó a la pared y tocó un botón. La pantalla se iluminó algunos segundos después y en ella apareció el rostro de

Lily Broi.

—Stel, ¿puede venir a mi casa? —preguntó ella.

—Por supuesto —accedió él—. ¿Alguna novedad?

—Hablaremos mejor personalmente —eludió Lily una respuesta concreta.

—De acuerdo. Iré enseguida. Deme sus coordenadas, por favor; utilizaré el transporte instantáneo. —Momentos después se cerraba la comunicación. Daghan se volvió hacia Manny.

—Si se recibiese la respuesta a mi solicitud de entrevista con el supremo coordinador durante mi ausencia, avísame a casa de la señorita Broi —ordenó.

—Así lo haré, señor —prometió el robot.

* * *

Daghan se materializó en el corredor de la planta donde Lily tenía su departamento. Un escrúpulo de cortesía le había hecho rebajar las coordenadas en algunas cienmilésimas de grado, a fin de no aparecer directamente en el interior de la casa de Lily.

Llamó a la puerta. Una hermosa joven, de sucinta vestimenta, frondosa cabellera rubia y silueta escultural, abrió segundos después.

—El señor es el investigador Stel Daghan —dijo la rubia.

Daghan parpadeó.

—¿Amiga de Lily? —preguntó.

—Oh, no, señor —contestó la rubia con una risita—. Solamente su doncella.

Daghan hizo un gesto de aprobación.

—Pocas veces he visto un robot tan hermoso —elogió. Y recordó —: Usted es Sally.

—Tengo ese honor, investigador —dijo el robot. Sus circuitos visuales recorrieron la figura del joven de los pies a la cabeza—. El señor es un humano de apariencia sumamente agradable.

—Sally, ¿te han enseñado a decir piropos a los humanos masculinos? —rió Daghan.

Sally hizo aletear sus pestañas artificiales. Luego, girando en redondo, echó a andar, con gran contoneo de caderas.

—Tenga la bondad, señor —indicó.

El robot le condujo a un gran cuarto de trabajo, donde Lily, ataviada con una corta bata blanca, estaba inclinada sobre lo que parecía una pantalla de televisión de medianas dimensiones. Daghan se imaginó que aquella pantalla correspondía al visor del ultramicroscopio.

—Hola, Stel —saludó Lily, sin quitar la vista de la pantalla—. Acérquese, verá algo interesante. Sally, sírvenos dos copas de vino, por favor.

—Sí, señorita —contestó el robot.

Daghan se acercó a la pantalla, que tenía una inclinación de unos 20°, si bien estaba protegida por viseras laterales. En el centro de la misma vio parte de lo que parecía un plano urbano.

—¿Qué es eso, Lily? —preguntó.

—El trayecto que hizo el robot asesino, registrado en la caja de control de su transportador instantáneo… —contestó ella.

## CAPÍTULO VII

Sally trajo las copas en la bandeja y Daghan tomó una.

—Interesante descubrimiento —calificó, tras probar el vino—. ¿Cuál es la trayectoria del robot?

—Antes de ir a casa de Anderson, estuvo en la de una tal Emma Hallez. La grabación de coordenadas así lo indica. De la casa de Emma Hallez fue a la de Anderson.

—¿De dónde partió para ir a casa de Emma Haller? —preguntó el investigador.

—No lo sé. No aparece en la grabación.

—¿Cómo?

—Así es, Stel. No hay grabación de origen de su viaje. Es como si usted trazara una línea en el espacio, que terminase en la tierra, pero cuyo principio resultase desconocido. Lo mismo podría estar a un metro de la superficie del planeta, que a mil años luz, ¿comprende?

—Sí, la entiendo, Lily. El asesino envió al robot a casa de Emma, borrando previamente el origen del viaje y habiendo grabado, para después, el viaje a casa de Anderson.

—Efectivamente, Stel —concordó la joven—. Por cierto, ¿a qué fue a casa de esa tal Emma Hallez?

—Colocó una dosis de ácido prúsico en una taza. Cuando la dispensadora de alimentos puso café sintético en la taza, el veneno se disolvió y ella se lo bebió.

Los ojos de la joven expresaron el horror que sentía.

—¿Ha muerto?

—Es un tóxico de efectos fulminantes. Murió en menos de dos minutos.

—Es espantoso —calificó ella—. Pero, ¿por qué antes a casa de Emma que a la de Anderson?

—A Emma era preciso hacerla callar. Sabía algo comprometedor para el asesino, siquiera fuese indirectamente. Por tanto, resultaba

preciso que el robot fuese antes a casa de Emma. Después, ya tendría tiempo de atacarme a mí en casa de Anderson o donde fuese.

—¡Pero al atacar a un investigador, nombrado por el consejo de coordinadores y recomendado por la máquina, atacaba las decisiones superiores! —alegó Lily.

—¿Y no fue atacar las decisiones superiores la muerte de Anderson? Bien, ¿qué más ha averiguado del robot?

—He examinado el circuito integral —replicó ella—. Poco se puede saber, pero he conseguido averiguar que distribuyó impulsos a un circuito nuevo en tal tipo de robots.

—Manny tenía razón —dijo Daghan, pensativamente—. Al robot le fue insertado un circuito de agresividad, con potencial superior al de obediencia.

—¡Qué astucia! —exclamó Lily, admirada—. Ahora comprendo las huellas micrónicas que aparecen en el circuito integral y cuya existencia no sabía explicarme satisfactoriamente.

—Esas huellas micrónicas corresponden al circuito de agresividad.

—Lo cual le impulsó a atacar a un ser humano.

—Pero con grabación previa de la imagen de ese humano en sus circuitos visuales —dijo Daghan—. De modo que en cuanto se materializó en casa de Anderson, el robot me vio, efectuó su consulta al circuito de memoria visual, encontró una respuesta afirmativa, el circuito de acción dio una orden… y el circuito de agresividad eliminó la resistencia natural impuesta por el circuito de obediencia a los humanos. Sencillo, ¿no?

Lily hizo un gesto de asentimiento.

—Y todo ello ocurrió en fracciones de segundo —murmuró.

—En efecto. —Daghan apuró la copa de vino—. Bien, tengo la cifra del robot y el número de su fábrica. ¿Me permite?

—Sí, desde luego.

Daghan se acercó a la pantalla del televisor y pulsó la tecla de información. Después solicitó contacto visofónico con el director de la fábrica de robots número 877.

Un rostro humano apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—Soy Karel Zormir —se presentó—. ¿En qué puedo servirle, investigador?

—Necesito información del robot TTI — 24 — Z — 6812 —manifestó Daghan—. Deseo saber a qué humano le fue asignado tras su puesta en funcionamiento.

—Un momento, por favor —rogó Zormir—. Consultaré mis archivos.

A través de la pantalla, Daghan y Lily vieron a Zormir que hablaba por medio de un interfono. Esperaron cosa de un minuto, y al fin, Zormir respondió:

—Lo siento, investigador. El número de serie que me ha citado no corresponde a ninguno de los robots construidos en mi fábrica.

Daghan se quedó con la boca abierta.

—¡Pero yo leí ese número en su pecho! —exclamó.

—¿No se tratará de algún error? —sugirió Zormir.

—El error queda excluido —dijo Daghan, con firmeza.

—Lo siento. No puedo hacer más.

—¿Hay un archivo central de fábricas de robots? —Zormir sonrió.

—En tal caso, necesitaríamos la ciudad entera sólo para archivo. No, cada fábrica tiene su archivo propio, investigador.

—Y hay más de dos mil en todo el planeta —se lamentó Daghan —. Está bien, muchas gracias, señor Zormir.

Cerró la comunicación y se volvió hacia la joven.

—A los delitos de asesinato y robo, hay que unir ahora el de falsificación —dijo.

—¿Cómo? ¿Cree que el asesino falsificó la cifra del robot?

—Tenía que cubrirse contra todas las eventualidades, ¿no? Incluso aunque el robot hubiera conseguido su objetivo, que era matarme a mí, le convenía destruirlo. Pero si encontraban algún rastro, las cifras del robot podrían delatarle y por eso las alteró.

—No entiendo cómo pudo hacerlo —dijo Lily, pensativamente.

—Las cifras están grabadas a presión en la superficie epidérmica del robot. Con alguna pasta de color parecido, tapó las cifras primitivas y luego puso las que se le antojaron. La explosión final destruyó el trabajo que podría haberle delatado.

—Si hubiese control central de todos los robots…

—Querida, eso es algo materialmente imposible. Hay más de dos mil millones de robots en funcionamiento, y el único control, aparte de los archivos, es el circuito de la obediencia. Para los humanos, el

control reside en el tratamiento R. M. P.

Lily se sintió indignada al oír aquellas palabras.

—¡Si un día llego a casarme, me negaré a que me apliquen el tratamiento R. M. P.! —exclamó.

—Eso es imposible —sonrió Daghan—. A usted le aplicaron ese tratamiento… para que en el momento preciso acceda a que se lo apliquen a su futura descendencia.

* * *

—Usted se llama Royj Bamdur —dijo Daghan, mirando al hombre que estaba frente a sí en la pantalla del televisor de su casa.

—Sí, investigador —contestó el individuo.

—Fue programado para casarse con Emma Hallez.

—Sí, señor.

—¿Por cuánto tiempo? —Bamdur soltó una risita.

—Era una mujer de un genio infernal —calificó—. Cuando ella me dijo que iba a solicitar la anulación del programa de unión conyugal, me sentí sumamente satisfecho.

—Comprendo. Una última pregunta, señor Bamdur.

—Sí, investigador.

—¿Conocía usted a Per Anderson?

—No, jamás lo había visto.

—Gracias, señor Bamdur, eso es todo.

Daghan cortó la comunicación y lanzó un suspiro de resignación. Manny, a su lado, dijo:

—Siete gestiones infructuosas, señor.

—Sí —concordó el joven—. Siete humanos varones, programados para una unión conyugal con Emma Hallez y otros tantos fracasos. ¿Por qué, Manny?

—Las máquinas no somos infalibles, señor —contestó el robot, humildemente—. Además, todos dijeron lo mismo: Emma tenía un genio infernal. No podían soportarla.

—Y por si fuera poco, ninguno conocía a Per Anderson.

—Así es, señor.

—Pero si ella murió asesinada, resulta evidente que tenía alguna relación con Anderson.

—Averiguar esa relación podría proporcionar detalles

interesantísimos al señor —dijo el robot—. ¿Desea comer? —añadió.

—No, no tengo ganas ahora, Manny, muchas gracias. —Un suave «nang-nang» sonó de pronto. El robot se acercó a la pared y pulsó un interruptor.

—Casa del investigador Daghan —anunció—. Hable, se lo ruego.

La pantalla estaba en blanco.

—Concedida la entrevista con el supremo coordinador. Hora, siete treinta en punto de la tarde. Coordenadas: 47° T 18" 18989''' positivo; 2° 50' 13" 73305' transversal. Eso es todo.

—Muchas gracias —contestó Manny, en nombre de su amo.

Cerró la comunicación, se volvió hacia Daghan y dijo:

—Anotaré las coordenadas y le prepararé el control del transportador individual para las diecinueve treinta, señor.

—Eres la joya de los robots, Manny —dijo Daghan, riendo.

—Mi único interés reside en servir al señor —contestó el robot, con una inclinación de cabeza.

* * *

A la hora señalada, Daghan se materializó en una antesala de paredes de suaves colores, con dos largos divanes laterales como todo mobiliario. Frente a él divisó una puerta de forma circular, que se dividió en dos mitades a los pocos segundos de su llegada.

Las puertas se descorrieron silenciosamente, permitiendo ver una gran estancia, en la que sólo había una lámpara encendida. Daghan avanzó unos pasos, cruzó la entrada y se halló en la residencia privada del supremo coordinador, Kerk Ellith.

A su izquierda había un enorme ventanal, a través del cual podía divisarse una fascinante panorámica de ciudad capital. Daghan se hallaba ahora en la Acrópolis, la colina donde estaban los edificios del Gobierno y desde la cual los coordinadores regían la vida del planeta y sus colonias planetarias.

Ellith, ataviado con su toga blanca, estaba reclinado en un cómodo diván de patas antigravitatorias, muy cerca del ventanal. Dirigió una mirada al joven y sonrió.

—Bienvenido, investigador —saludó—. ¿En qué puedo servirte?

—Necesito su ayuda, señor —manifestó Daghan.

—Tú dirás.

—Quiero una entrevista con la máquina. El único que puede autorizarla es usted, y por eso he venido a verle.

## CAPÍTULO VIII

Ellith volvió la vista hacia el centelleante paisaje nocturno de la ciudad. Como abstraído en sus propios pensamientos, murmuró:

—A veces dejo de pensar en los asuntos de Gobierno y me paso horas y horas contemplando la ciudad. Es un panorama que jamás me cansa, en especial por la noche. Relaja mi mente y me proporciona un descanso infinito. ¿Comprendes?

—Me lo imagino, señor —contestó el joven, respetuosamente.

—Dime, ¿cómo marchan tus investigaciones? Cuéntamelo todo, por favor.

Daghan suspiró. Debía tener paciencia. Una entrevista con el supremo coordinador no se conseguía tan fácilmente. De no haber sido por su cargo, no la habría conseguido jamás… y aun así, la respuesta había tardado cuarenta y ocho horas.

Al terminar de hablar, Ellith dijo:

—A pesar de todo, no comprendo tu interés por una entrevista con la máquina.

—Estimo que resultaría positivo para mis investigaciones, señor —alegó Daghan.

—¿Crees que la máquina te diría el nombre del asesino?

—Ciertamente, no; pero son ciento noventa y dos años los que lleva almacenando millones de datos diarios. En su colosal archivo memorístico tiene que haber forzosamente recuerdos de experiencias anteriores y análogas a ésta.

—Comprendo —dijo Ellith—. Es la máquina que todo lo sabe.

—Y la que, en el fondo, nos gobierna.

—¿Qué haría la humanidad sin ella, Daghan? —El joven se encogió de hombros.

—No me he planteado nunca ese problema —contestó.

—La máquina nos dirige, vela por nosotros, resuelve nuestras dificultades… Gracias a ella, hemos gozado de ciento setenta y tres años sin un solo asesinato.

—¿De veras se debe a la máquina un período de tiempo tan largo sin crímenes?

—Por supuesto. Ella, al año de su construcción, fue la que ideó el tratamiento R. M. P. Ha dado buenos resultados, ¿no?

—En un caso, no, señor —contestó Daghan. Y añadió—: No sabía que la máquina fuese la autora del tratamiento R. M. P.

—Y de infinidad de cosas más, que nos han beneficiado enormemente —dijo el supremo coordinador—. Fórmulas matemáticas intrincadísimas, pero sin las cuales no habríamos podido construir, por ejemplo, las máquinas transportadoras individuales; tratamientos sanitarios que han alargado la vida humana increíblemente.

—En resumen, que posee una sabiduría infinita.

—Sí. ¿Qué sería de nosotros sin ella? Sobrevendría el caos, Daghan.

—Desde luego.

Hubo una pausa de silencio. Luego, lenta y pausadamente, Ellith se levantó y se acercó a una pared. Tocó un botón y un lienzo se descorrió, dejando ver el teclado gráfico.

Encima del teclado había un cuadrado de vidrio deslustrado. Vuelto a medias hacia el joven, Ellith dijo:

—Este es el procedimiento de consulta con la máquina.

Escribió algo y esperó unos segundos.

La pantalla se iluminó de pronto. Unas letras aparecieron con caracteres luminosos:

«Solicitud de entrevista denegada. El investigador realizará sus pesquisas personalmente.» Ellith cerró la conexión y se volvió hacia Daghan.

—Lo siento —dijo simplemente.

Por su parte, Daghan no dijo nada.

* * *

Llegó a su casa profundamente preocupado. La máquina había denegado la petición de entrevista. ¿Por qué?

La respuesta había sido contundente: debía realizar las pesquisas en persona. Pero, ¿no se trataba de descubrir al asesino? ¿Qué más daba quién lo encontrara, humano o máquina?

Se quitó la blusa y empezó a soltarse el chaleco del transportador individual. De pronto, notó algo raro. ¿Dónde estaba Manny? ¿Por qué no había acudido a darle la bienvenida, como tenía por costumbre?

—¡Manny! —llamó.

Los pasos del robot se oyeron en la estancia vecina. Daghan terminó de quitarse el transportador, justo cuando Manny aparecía por la puerta.

—Hola, Manny —dijo—. Ponme una copa de vino, ¿quie…?

Daghan no terminó de hablar.

El robot empuñaba una pistola. Daghan no había visto jamás un arma semejante, pero se imaginó lo que podía pasar y se agachó velozmente, justo en el momento en que salía el tiro.

La detonación le ensordeció. Era la primera vez que escuchaba el estampido de un arma de fuego.

Tampoco se entretuvo en reflexionar. El robot parecía decidido a matarle.

Vagamente se dio cuenta de que Manny no parecía muy experto con las armas de fuego. Entonces notó que aún tenía en la mano el transportador y lo arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El aparato dio en la cara artificial del robot, rompiéndole un ojo. Manny se tambaleó y la pistola se disparó inofensivamente contra el suelo.

Acto seguido, Daghan agarró un sillón sin patas y se lanzó hacia adelante, usando el mueble a modo de ariete. Alcanzó a Manny en el pecho y lo derribó de espaldas.

Se oyó ruido de vidrios rotos. Pequeñas columnitas de humo empezaron a salir por la nariz de Manny. Daghan estaba atónito. ¿Cómo era posible que un robot tan fiel y servicial se hubiese transformado de pronto en un asesino?

De repente, se acordó de lo que había sucedido en la casa de Anderson: la explosión que había destrozado al robot atacante.

Corrió en busca de un destornillador y se arrodilló junto al inmóvil Manny. Rasgó su blusa precipitadamente y dejó el pecho artificial al descubierto.

Mientras actuaba velozmente, recordó que la explosión había tardado algunos minutos en producirse. Por tanto, todavía tenía tiempo de hacer algo.

El interior del robot quedó al descubierto. Daghan hurgó frenéticamente en aquel maremágnum de cables y mecanismos, capaz de enloquecer a los no iniciados y, de pronto, divisó un cilindro en un hueco.

El cilindro, él conocía bien a los robots, no correspondía en modo alguno a la maquinaria robótica. Tenía unos diez centímetros de longitud por cuatro de grueso, y era de color anaranjado vivo, con dos franjas negras en los extremos.

Sendos cables lo unían a la pila motriz del robot, que todavía seguía esperando electricidad. Daghan dio un tirón y el cilindro quedó en sus manos.

Examinó rápidamente el artefacto y desenroscó una de sus bases. Un pequeño reloj apareció ante sus ojos. Dos finísimos cables surgían del reloj, yéndose a perder en el interior del cilindro. Bastó un ligero tirón para que los cables quedasen rotos.

Entonces, Daghan se sentó sobre sus talones y respiró.

—¡Fiuuuuu! —silbó—. ¡De la que me he librado! —Luego miró al inmóvil robot.

—Manny —dijo doloridamente—, ¿qué te han hecho? —El robot estaba «muerto». Daghan lo tenía a su servicio hacía varios años y la máquina se había compenetrado enormemente con él, almacenando en sus circuitos de memoria todos sus gustos y preferencias, de tal modo, que prácticamente adivinaba lo que iba a querer en determinado momento.

Ahora, Manny no era sino un inútil montón de chatarra.

Lentamente, se puso en pie y se acercó al televisor. Momentos después, estaba en comunicación con Lily.

—Venga, por favor —pidió a la joven—. Y tráigase su caja de diagnóstico.

—¿Qué sucede, Stel? —preguntó ella.

—He matado a Manny.

—¡Oh! —exclamó Lily, vivamente sorprendida—. Está bien, iré lo más pronto que me sea posible.

—Gracias, Lily.

Daghan cerró la comunicación y fue a tomarse una copa de vino. Lo necesitaba.

* * *

Los ojos de Lily contemplaron asombrados la pistola y el cartucho explosivo. El cuerpo de Manny yacía en el mismo sitio donde había caído.

—De modo que la emprendió a tiros contra usted —dijo.

—Sí. Pero no se me alcanza de dónde pudo sacar la pistola.

—¿Salía Manny de casa? —preguntó Lily.

—En raras ocasiones. ¿Qué iba a hacer por la calle?

—Es verdad. Sally tampoco sale apenas. Pero eso significa que alguien vino a casa y le insertó el circuito de agresividad, entregándole luego la pistola para que lo asesinara a usted apenas le viese llegar.

—¿Murió así Anderson? —preguntó Daghan.

—Muy probablemente —contestó ella—. Pero el circuito de agresividad que le implantaron debía de tener un potencial enorme.

—¿Por qué dice eso? —Lily sonrió.

—¿Cuántos años llevaba Manny con usted?

—Seis, quizá siete —contestó Daghan.

—Los robots son como personas; toman cariño a los humanos a quienes sirven. Sí, sus circuitos de memoria se van impregnando, por decirlo así, ya que no se puede definir de otra manera, de cariño y afecto y simpatía hacia su dueño humano. Aparte de ello, está el circuito de obediencia, que es preciso anular de algún modo. No es lo mismo implantar un circuito agresivo a un robot que no le ha visto nunca a usted que a otro que lleva a su lado seis o siete años. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí, desde luego, aunque se me ocurre una objeción, Lily.

—Dígala, Stel.

—Si el circuito de agresividad tiene un elevado potencial, ¿no redundará en perjuicios para la pila motriz, al absorber demasiada energía para atacarme? Es como una persona, antiguamente, claro, cuando atacaba por odio a otra. El sentimiento de odio anulaba todos los demás.

—Sí, entiendo —dijo Lily. Miró al robot yacente en el suelo y frunció el ceño—. Y lo que acaba de decir me ha dado una idea, Stel.

—¿Cuál, Lily?

—Realmente, ¿era Manny el robot que le atacó?

# CAPÍTULO IX

—Los robots se fabrican con caras distintas, a fin de evitar la monotonía que se produciría invariablemente, aparte de las inevitables confusiones que también se darían. Pero la cara de ese robot es la de Manny —alegó Daghan.

—Cierto. Sin embargo, yo opino que un circuito de agresividad implantado en su Manny habría requerido, en el momento de entrar en funcionamiento, un elevadísimo potencial eléctrico, que habría provocado un cortocircuito. Esto le habría impedido iniciar el ataque contra usted —declaró la muchacha.

—Porque tendría que haber ganado al potencial del circuito de la obediencia, que en otro robot que me hubiera visto a mí por primera vez, habría necesitado una menor intensidad de corriente.

—En efecto. Y ello nos lleva a la siguiente pregunta: si ese robot que está ahí no es Manny, ¿dónde está el auténtico Manny?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Daghan exclamó.

—Vamos a comprobarlo.

Se acercó al robot, e inclinándose, recogió del suelo la placa pectoral, que colocó inmediatamente sobre una mesa. Lily abrió su caja de diagnóstico y sacó una lupa.

Durante unos momentos, examinó la piel sintética que cubría la placa pectoral. Luego se volvió hacia el joven:

—¿Podría traerme algún cuchillo o cosa por el estilo? —preguntó.

—Por supuesto.

Momentos después, Lily empezaba a manipular con el cuchillo. Una delgada capa de plástico color carne se despegó de la placa, dejando ver debajo de la misma una cifra clave y el número de la fábrica constructora.

—Tenía usted razón —dijo Daghan—. Este robot no era Manny.

Lily se mordió los labios.

—Lo sustituyeron —dijo.

—Y a Manny no le quedó otro remedio que obedecer.

—Oiga, ¿no tenía una emisora de radio con la cual se ponía en contacto con usted?

—Sí, pero seguramente habrán interferido la emisión. El asesino es terriblemente astuto, Lily.

—No cabe la menor duda, Stel. ¿Qué hará usted?

—Tomaré nota de la cifra auténtica del robot e iré a investigar personalmente en la fábrica donde fue construido. Usted se quedará aquí, en mi casa.

—¿Por qué? —preguntó ella, extrañada.

—Se lo diré. El robot está averiado, pero usted es muy capaz de recomponerlo y hacerlo funcionar de nuevo, ¿verdad? Eliminando, por supuesto, el circuito de agresividad.

—Desde luego. Claro —Lily chasqueó los dedos—, de este modo, podremos interrogarle y obligarle a que nos diga quién le ordenó asesinarle a usted.

—Justamente —sonrió Daghan—. Mientras tanto, yo iré a la fábrica número 877. Estimo que una entrevista personal con el director Zormir ha de resultar muy interesante.

—Stel, necesitará ayuda. ¿Le importa que haga venir a Sally?

—Por supuesto que no —contestó él—. Considérese como en su propia casa, Lily.

Ella hizo una gentil inclinación de cabeza. Luego, Daghan recogió del suelo la transportadora individual y se la puso.

Mientras Lily iniciaba su tarea, él solicitó información sobre las coordenadas de la fábrica 877. Momentos después, se desmaterializaba y desaparecía de la vista de la muchacha.

* * *

La controladora de producción de la fábrica número 877 se sobresaltó al ver aparecer ante ella a un hombre joven y bien parecido, que sonreía amablemente.

—Dispense por el susto que le he dado —se excusó Daghan—. Olvidé prevenir mi llegada, señorita.

—Usted es el investigador —dijo la chica.

—En los últimos tiempos, mi nombre y mi efigie han sido aireados profusamente —sonrió él—. ¿Podría anunciarme al

director Zormir?

—Hablaré con secretaría. Yo no puedo abandonar mi puesto, señor.

—Desde luego.

Mientras la joven se ponía en contacto con el departamento aludido, Daghan se acercó al ventanal, desde el cual se dominaba una de las gigantescas naves de la fábrica. Allí era donde se hacían los robots que servían a los humanos.

No lejos de donde estaba, divisó una enorme máquina que actuaba de un modo singular, comprimiendo en grandes bloques piezas de metal de aspecto estremecedor: brazos, piernas, pechos, cabezas… y hasta robots enteros. Daghan se extrañó al ver el funcionamiento del artefacto.

La controladora se le acercó.

—Le esperan en secretaría, investigador —anunció.

—Un momento —dijo él—. ¿Qué es esa máquina?

—Sirve para comprimir las piezas defectuosas en grandes bloques, que luego son enviadas a los hornos de fundición, señor. Cuando una máquina comprobadora advierte un defecto en una pieza de un robot, se envía inmediatamente a los desechos. Resulta más rápido que encontrar la avería y repararla.

—Entiendo. Gracias por la información, señorita. —Daghan siguió el camino que la chica le indicó y pronto se encontró en el antedespacho del director de la fábrica. La secretaria le hizo esperar unos momentos.

Al fin, Daghan se encontró ante Zormir.

—Usted de nuevo —dijo el director.

—Es mi oficio —sonrió Daghan.

—Comprendo. Pero pudo hacerme la consulta por televisión.

—Alguien me dio un consejo sobre investigaciones personales —contestó Daghan.

—Sí, señor. ¿Qué desea ahora, investigador?

Daghan entregó a Zormir una tira de papel, en la que había una serie de letras y números.

—Quiero saber el nombre del humano al cual fue asignado ese robot —manifestó.

Zormir estudió unos momentos la cifra, y luego, ladeándose ligeramente, manipuló en un teclado que tenía a la derecha de su

mesa de despacho.

El teclado tenía adosada una pequeña pantalla de televisión. Zormir dijo:

—He hecho una consulta al archivo. La respuesta aparecerá gráficamente en la pantalla.

—Gracias, director.

Pasaron algunos segundos. De repente, llegó la respuesta.

Constaba solamente de dos palabras, que centellearon con vivas intermitencias en la pantalla:

Consulta prohibida

Daghan lanzó una exclamación de enojo:

—¡Exijo una respuesta, director! No olvide los plenos poderes que se me confirieron para la investigación.

—¿Puedo decirle eso a una máquina? —preguntó Zormir, con ironía.

Daghan apretó los labios. De pronto, poniéndose en pie, dio la vuelta a la mesa y apartó con violencia al individuo.

Vagamente, se dio cuenta de que Zormir era un individuo que practicaba la gimnasia con ahínco, a juzgar por la dureza de los músculos de su brazo izquierdo. Pero estaba demasiado enojado para fijarse en el detalle.

Sus dedos se movieron rápidamente sobre el teclado:

«Esta consulta ha sido efectuada por el investigador Stel Daghan, provisto de plenos poderes por el consejo de coordinadores. Exijo la respuesta inmediatamente y no admito negativas de ninguna clase.»

—Ahora veremos si esa maldita máquina archivadora me contesta o no —dijo furiosamente, apenas hubo tecleado el colérico mensaje.

Pasaron algunos segundos. De repente, la pantalla empezó a centellear vivísimamente.

—La máquina se niega a contestar —dijo Zormir.

Daghan le miró de soslayo.

—Esa máquina es un robot sin figura humana, inmóvil, anclado en alguna parte de la fábrica —declaró—. ¿Le ha provisto usted de un circuito de desobediencia relacionado con cierta pregunta?

Los ojos de Zormir emitieron un brillo singular. De repente,

Daghan se dio cuenta de una cosa.

La dureza de los músculos del director…

Zormir se puso en pie de un salto y se arrojó sobre el joven. Daghan se echó hacia atrás, apoyándose en la mesa, y disparó sus dos pies contra el pecho de Zormir, catapultándolo con terrible violencia contra la pared opuesta.

Se oyó ruido de vidrios rotos. La boca de Zormir se torció en una mueca grotesca y el humo empezó a salir por la nariz.

—¡Maldición! ¡Era un robot!

Una súbita explosión le hizo saltar a un lado. La pantalla de la consultora había estallado y el humo brotaba de su interior.

A lo lejos sonó una campana de alarma. Una voz gangosa dijo:

—Fuego en el archivo, fuego en el archivo… —Daghan se quedó unos momentos inmóvil. La alarma continuaba sonando.

Era ya inútil hacer cualquier pesquisa. El fuego habría destruido los delicados circuitos de memoria de la archivadora, borrando las grabaciones efectuadas a lo largo de numerosos años.

Se inclinó sobre Zormir. Sí, era un robot, lo comprobó a los pocos instantes.

¿Podría obtener de sus circuitos la información deseada?

De repente, creyó percibir una llamada de socorro:

—Venga a salvarme, venga a salvarme…

Atónito, Daghan se palpó el minúsculo receptor de radio que llevaba en el bolsillo de los pantalones — botas.

—¿Eres tú, Manny? —preguntó.

—Sí, señor… Oh, señor, no sabe cuánto me alegro de oír su voz… Pero tiene que darse prisa; la cinta me conduce a la compresora… y el fuego se extiende por toda… la fábrica… Mi… pila… motriz… está agotándose… Corra…, señor…

Era la llamada angustiada de un fiel robot. Daghan echó a correr y salió del despacho.

La secretaria permanecía sentada tras su mesa, rígida, inmóvil como una estatua.

Daghan gritó:

—¡Corra o se quemará viva!

Pero la joven no pareció oírle. Extrañado, Daghan se acercó a ella y le golpeó con los nudillos en una mejilla.

El ruido era inconfundible. Daghan maldijo entre dientes.

—¡También es un robot! —exclamó, desesperado.

## CAPÍTULO X

El fuego parecía haberse producido a la vez por numerosos sitios. Las llamas alcanzaban ya gran altura. Había un material de fácil combustibilidad: la piel sintética que cubría las figuras de los robots. El olor era nauseabundo.

Daghan alcanzó la sala de control. Estaba desierta.

—Por lo menos, la controladora era humana y escapó —calculó.

La nave donde estaba la prensa se hallaba al otro lado de la vidriera y su suelo a unos metros por debajo de la sala de control. Para no perder tiempo, Daghan agarró una silla y la arrojó contra los vidrios, que saltaron estrepitosamente en mil pedazos.

Algunas partes de la maquinaria seguían funcionando, entre ellas la cinta transportadora que llevaba los desechos robóticos hacia la prensa.

Daghan vio algunos robots enteros deslizándose hacia la enorme máquina. Con el pie, limpió de cristales el antepecho, pasó las piernas, se descolgó y saltó al suelo.

Corrió a lo largo de la cinta, sofocado por el calor reinante. El espectáculo era aterrador.

De pronto, vio a Manny.

Unas enormes pinzas se alargaban ya hacia su fiel robot. Daghan estiró los brazos, agarró un tobillo de Manny y tiró de él, arrancándolo a la voracidad de la máquina un segundo antes de que las pinzas se cerrasen en el vacío con sonoro chasquido.

A Daghan le pareció que en los ojos artificiales de Manny había un brillo de gratitud. Un robot era siempre algo muy pesado, pero Daghan no carecía de fuerza muscular y pudo ponerlo en pie.

Entonces se le planteó otro problema.

Estaba rodeado por completo de un mar de llamas. La escapatoria era imposible por cualquier lado.

En pocos momentos, el fuego había adquirido un incremento pavoroso. Daghan se dijo que el asesino no había olvidado detalle

para protegerse.

¿Iba a perecer abrasado?

El podía salvarse, por supuesto, pero le dolía abandonar a Manny. No sólo sentía aprecio hacia aquella máquina, sino que le interesaba reactivarla. Manny tenía muchas cosas que decirle.

Precipitadamente, marcó las coordenadas de su casa. Luego, con el brazo izquierdo, rodeó el inmóvil cuerpo del robot.

Su mano derecha presionó la tecla de traslación. La fábrica en llamas desapareció instantáneamente de su vista.

Un segundo después, oyó una exclamación de alegría:

—¡Ha vuelto a casa, Stel!

Daghan parpadeó. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios.

—Me alegro de verla nuevamente, Lily —dijo. Ella sonrió.

—Y, además, se ha traído a Manny consigo.

—Conseguí rescatarlo en el último momento. Estaba destinado a un horno de fundición.

—Asombroso —comentó ella—. Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué no dice nada Manny?

—Ha agotado la energía de su pila motriz —explicó él—. Tendré que proceder a la recarga para que pueda funcionar de nuevo.

—Es extraño —musitó Lily—. Todos los robots tienen grabadas instrucciones específicas acerca de su automantenimiento. ¿Cómo pudo olvidarlo Manny?

—A mí también me extraña bastante, pero lo sabremos cuando pueda funcionar otra vez.

Daghan buscó un cable y conectó uno de los terminales a una toma de fuerza. El otro fue a parar a la conexión que Manny tenía en la parte inferior del pecho.

—Antes de una hora no haremos nada —dijo—. ¿Ha conseguido usted algo, Lily?

Ella le señaló el montón de aparatos e instrumentos que había extraído del cuerpo del doble de Manny, situados sobre una mesa.

—Estoy examinando los circuitos —contestó—. No es cosa fácil ni que se pueda hacer en pocos minutos.

—Entiendo.

Sally entró en aquellos momentos, sonriente y pizpireta, con una bandeja en las manos.

—Los señores querrán sin duda un tonificante —manifestó.

Daghan miró a Lily y sonrió.
—Un robot que adivina el pensamiento, ¿eh?
—La tengo muy habituada a mis costumbres —contestó Lily.
Daghan se acercó al robot y tomó una de las copas.
—Eres una joya, Sally —elogió.
El robot bajó los párpados artificiales, con expresión llena de modestia.
—El señor sobrevalora mis cualidades —contestó. De pronto, sus circuitos visuales captaron la imagen de Manny en pie, inmóvil, recibiendo energía a través del cable de conexión.
—¿Es el sirviente personal del señor? —preguntó.
—Así es, Sally.
—El señor habrá de permitirme que le diga que su sirviente personal tiene una apariencia muy agradable. Con su permiso, señor… Señorita Lily, ¿necesita algo más de mí?
—Por ahora, no, Sally; puedes retirarte.
Lily y Daghan quedaron solos. El segundo se mostró preocupado.
—Las palabras de Sally me están dando mucho que pensar —dijo.
Lily se echó a reír.
—¡Oh, Stel, no irá a decirme ahora que Sally se ha enamorado de Manny! ¡Sería absurdo!
—¿Absurdo? Manny había desarrollado por sí mismo, robóticamente hablando, sentimientos de afecto hacia mí. Su lealtad era especial y no grabada solamente en sus circuitos.
Lily se puso seria.
—Sí, eso da mucho que pensar, Stel —reconoció.

* * *

—Mi doble vino acompañado de un humano —dijo Manny, cuando al fin, reactivada su pila motriz, estuvo en condiciones de poner en funcionamiento sus circuitos parlantes.
——¿Estás seguro de que era un humano? —preguntó Daghan.
—Absolutamente, señor. Mi detector de rayos calóricos captó la energía física que se desprendía del cuerpo de aquel hombre. De otro modo, no habría obedecido sus órdenes.
—¿Cuáles fueron esas órdenes?

—Dejar el puesto a mi doble y seguirle a él.

—¿Nada más, Manny?

—No, señor. Eso fue todo.

—Y tú le obedeciste.

—Naturalmente, señor. Era un humano.

Daghan procuró armarse de paciencia. Lily, en silencio, presenciaba el interrogatorio.

—Manny, ¿cuál es la ley básica robótica? —preguntó Daghan.

—Obedecer a los humanos en todo cuanto se nos ordene, siempre que ello no implique daño a un otro ser humano.

—¡Ahí quería ir yo a parar! —exclamó el joven—. Manny, tú sabías que ese humano, al sustituirte, quería hacerme daño. Debiste haberte negado a obedecer sus mandatos.

—¿Por qué cree el señor que agoté mi pila motriz? Sí, sabía que el humano quería causarle a usted un daño, pero tenía que obedecerle. Traté de resistirme con todo mi potencial y ello consumió la casi totalidad de mi reserva de energía.

—Comprendo —dijo Daghan—. El instinto robótico de obediencia es en ti muy fuerte.

—Exactamente, señor.

Daghan se volvió hacia la joven.

—Tuvo que ser así desde un principio —explicó—. No se puede diferenciar en la obediencia. Se obedece a todos los humanos y no a uno solo en particular.

—Sí, eso hubiera creado graves problemas éticos —admitió Lily—. Pero el humano que ordenó eso a Manny sabía que iba a cometer un delito.

—Lo que significa que el tratamiento R. M. P. no hizo efectos en él.

—Eso es ahora lo de menos, Stel. Lo importante es saber quién es el hombre que trajo aquí el doble. Daghan volvió los ojos hacia el robot.

—Manny, tú viste a ese hombre —dijo—. Necesitamos que reproduzcas su imagen.

—No puedo, señor.

El joven respingó al escuchar aquella contestación.

—Manny, estás desobedeciéndome.

—Lo sé, señor; pero es que usted me ha dado una orden que

implica daño a un humano.

—¡Ese humano es un criminal, Manny!

—Ciertamente, señor; pero a mí me enseñaron a no hacer daño a los humanos, criminales o no. Todos son humanos para mí, señor.

Daghan procuró contener la calma.

—Manny, no me pongas esa excusa. La orden que te dio el desconocido implicaba un daño para mí —alegó—. Y creo que yo no soy un criminal.

—Señor, si usted quiere, cumpliré su orden. Pero no sobreviviré.

—¿Cómo? —exclamó Daghan, atónito.

—Manny ya ha estado sometido una vez a una tensión intolerable —explicó Lily—. La orden que le dio el desconocido, provocó una elevadísima sobrecarga en sus circuitos, precisamente porque se daba cuenta de que iba a causarle un daño a usted. Ahora usted le pide que haga daño a un humano, pidiéndole su descripción física. Los circuitos de Manny no podrán soportar de nuevo una sobrecarga semejante. El tiene razón: criminales o no, todos son humanos para él.

Daghan admitió los argumentos de la muchacha. Lily agregó:

—Su orden destruiría irremediablemente sus circuitos. Tendría que pedir un nuevo robot. Manny ya no le serviría para nada.

—Quizá el criminal haya contado con ello —apuntó Daghan.

—Es posible —concordó ella—. Pero la máquina ya lo dijo bien claro; usted debe realizar personalmente las investigaciones.

—Sí —suspiró él—, lo malo es que ya no sé por dónde continuar.

Lily señaló la mesa llena de piezas.

—Tenemos esa pista —dijo—. Cuando haya reparado de nuevo al doble de Manny, sabremos quién es la persona que lo trajo aquí para que lo asesinara.

—Y no me importará que se destruya el doble de Manny —declaró Daghan, ceñudamente—. ¿Todavía le queda mucho trabajo?

—Un día, dos… No puedo predecir nada todavía, Manny —contestó la muchacha.

—Haga lo que pueda —dijo él—. Manny, tengo hambre.

—Le traeré de comer enseguida, señor —indicó el robot, con una respetuosa inclinación de cabeza. Daghan se dejó caer en un sillón.

—Lily, se me está ocurriendo una idea —dijo.

Ella estaba examinando un circuito con la ayuda de un amperímetro.

—Hable, Stel, puedo oírle perfectamente mientras trabajo.

—Estaba pensando en que tal vez todos estos trabajos que nos tomamos son en vano. Podríamos resolver el caso de otra forma mucho más cómoda y sencilla.

—¿Cuál, por favor?

—La sonda historioscópica, Lily.

La muchacha se enderezó y fijó sus ojos en Daghan.

—Stel, dudo mucho de que consiga permiso para emplear la sonda historioscópica —manifestó.

## CAPÍTULO XI

Stel Daghan detuvo su monorrueda y se apeó junto a la acera. En pie, levantó la vista y contempló el enorme edificio, de fachada clásica, que se alzaba en el centro de una vasta explanada ajardinada.

Sobre el frontis del edificio, había una inscripción en letras doradas: «Centro planetario de estudios históricos».

La gente entraba y salía del edificio, donde los estudiosos se aplicaban al conocimiento de la historia del planeta. Daghan subió lentamente la gran escalinata y penetró en un vasto zaguán, en el que numerosos rótulos indicaban las diferentes secciones del edificio. Daghan eligió la sección señalada con Historia Moderna, una plataforma antigravitatoria le llevó al piso noveno.

Salió a un largo corredor, en el que había infinidad de puertas similares. Sobre cada puerta, había una luz encendida, de distinto color según la cabina de estudios se hallase o no ocupada.

El verde indicaba cabina libre. Daghan buscó una puerta con luz verde y la abrió.

La cabina poseía una relativa amplitud y tenía un espacioso pupitre, con teclado para formular las peticiones gráficamente. Sobre el teclado se veía una pantalla de televisión como de un metro de lado.

Era el cronoscopio.

Con aquel aparato se podía explorar lo sucedido en el pasado. Pero solamente se contemplaban los sucesos ocurridos en tiempos pretéritos. No había viajes a través del tiempo.

Aparte de que ello hubiera requerido aparatos de una complejidad extraordinaria, el viaje al pasado de un ser humano habría podido provocar trastornos temporales que luego habrían redundado en espantosas catástrofes en el futuro.

Sólo se podía mirar, pero no ir al pasado.

Daghan lo sabía y ocupó la butaca situada frente al teclado.

Escribió:

—Solicitud de exploración visual de tiempo pasado. La pantalla se iluminó:

—Diga nombre, cifra personal y cargo.

—Stel Daghan, cifra R — 9 — 4215 — L — 31. Cargo: investigador asesinato Per Anderson.

—Cite fecha que desea explorar —contestó la máquina gráficamente.

Daghan meditó unos instantes. Luego tecleó la fecha del asesinato de Anderson y añadió:

—Deseo ver en la pantalla lo que ocurrió en su casa cinco minutos antes de su muerte.

Hubo una corta pausa. Luego, la máquina contestó:

—Cronoscopia denegada. La investigación deberá realizarse personalmente.

—¡Soy el investigador! —tecleó Daghan furiosamente—. ¡Se me han conferido plenos poderes! ¡Ordeno la proyección de la escena solicitada!

De nuevo se produjo otra pausa. Pareció como si la máquina efectuase una consulta a algún lejano circuito de control.

Luego apareció la respuesta, descorazonadora para el joven:

—El investigador deberá atenerse a lo que ya sabe. Fin de la consulta.

La maldición que lanzó Daghan al ver aquel mensaje en la pantalla tenía unos cuatrocientos años de antigüedad. Pero no sirvió para desahogar la cólera que sentía.

* * *

—Diríase que quieren obstaculizar mi investigación —manifestó Daghan con acento irritado, a la vez que tomaba la copa que le servía su fiel Manny.

—Sí —convino Lily con acento preocupado—, yo también estoy pensando en lo mismo.

—Pues si no quieren que investigue, ¿para qué diablos me nombraron investigador?

Lily le dirigió una afectuosa sonrisa.

—No desespere, Stel. A fin de cuentas, en el pasado, los policías

no usaban máquinas para sus investigaciones… bueno, no de la clase de máquinas que tenemos ahora. Empleaban lupas, vehículos, microscopios…, pero ninguno de esos aparatos puede compararse con los que hay en la actualidad. Aquellos policías usaban principalmente el cerebro. Y lograban buenos resultados.

—Pero tenían experiencia. Y habían hecho estudios previos.

—Usted también, ¿no?

Daghan terminó de un trago el contenido de su copa.

—De acuerdo, de acuerdo, haré lo que pueda. Pero si no fuera investigador, ¿se me habría prohibido la consulta cronoscópica?

—Una pregunta difícil de contestar —dijo Lily—. No especule nunca con lo que pudo ser: actúe a base de los hechos, Stel.

—¡Qué remedio! —dijo él, alzando los brazos—. ¿Cómo va la reconstrucción del robot?

—Bien, terminaré dentro de veinticuatro horas, aproximadamente. —Lily sonrió—. La verdad es que usted lo destrozó por dentro.

—Peor habría sido que explotase la bomba que le habían implantado. Y, a propósito, ¿dónde está esa bomba?

Lily se la entregó. Daghan examinó atentamente el artefacto, pero, sobre todo, el reloj que debía hacer deflagrar el explosivo.

—Es un reloj común —calificó Lily—. Cualquiera puede tenerlo y adquirirlo sin más que presentar su cartilla de horas de trabajo.

—Sí, es verdad; con esto no adelantaremos gran cosa. —Daghan se mordió los labios—. Se me ocurre una idea, Lily.

—Diga, Stel.

—Voy a investigar la vida de Emma Hallez. Ella lo negó, pero conocía a Per Anderson. De otro modo, no habría muerto asesinada.

—Es cierto —concordó Lily.

—Por tanto, sabía algo de Anderson que no convenía fuese divulgado. Sé que Emma, hace treinta y cinco años, fue una artista famosa. Alguien tiene que conocerla todavía. Se conservaba muy bien a sus treinta y cinco años reales y setenta temporales. Tuvo su época hace treinta y siete; me lo dijo ella misma.

—Está el archivo de los noticiarios televisados. Si Emma fue famosa, a la fuerza tuvo que ser origen de muchas noticias.

—Sí, eso mismo pienso yo. Lily, continúe trabajando, mientras yo hago la consulta.

Daghan se acercó al televisor y presionó la tecla de contacto. Acto seguido, dijo:

—Quiero información sobre vida artística de Emma Hallez.

Agregó la cifra de la difunta y esperó. Una voz contestó a los pocos momentos.

—Siéntese. Iniciaremos la proyección dentro de diez segundos.

Daghan se retrepó en el diván. Instantes después, vio la figura de Emma actuando ante las cámaras de una comedia teatral.

Daghan estudió los rostros de los partenaires de la artista. Ninguno de ellos era el de Per Anderson, lo que le produjo un singular sentimiento de decepción.

Pasajes de la vida de Emma fueron desfilando ante sus ojos. La carrera de la artista había empezado a edad muy temprana, alcanzando su cenit a poco de cumplir los treinta años reales. Luego, según pudo ver, se había eclipsado de un modo inexplicable.

La proyección daba la noticia escueta de la retirada de Emma, sin más. A Daghan no dejó de chocarle la actitud de la artista.

Lo peor era, se dijo, que no podía encontrar ninguna conexión con el asesinado. ¿Por qué, en tal caso, había muerto Emma envenenada?

«Tal vez se me ha pasado algún detalle por alto», pensó.

Y, armándose de paciencia, pidió la reproducción de cuanto había visto, empezando nuevamente por el principio.

Transcurrió una hora. De pronto, vio a Emma hablando con un hombre.

El individuo estaba vuelto de espaldas. Por el ambiente, no se podía deducir si se hallaban en un lugar privado o en un escenario.

Daghan creyó ver algo familiar en el sujeto, pero éste continuó obstinadamente de espaldas. De repente, con gran asombro, vio que el hombre asestaba a Emma una tremenda bofetada.

Emma cayó, con el asombro pintado en el rostro. Daghan se quedó boquiabierto.

Era la primera vez que presenciaba una escena semejante. ¿Real o fingida?

El hombre desapareció de la pantalla sin que hubiera podido verle la cara. A pesar de todo, Daghan insistió consigo mismo en que le era conocido.

Desconectó la emisión. Hizo una señal y Manny le trajo una taza

de café sintético.

Su preocupación no le hizo cometer el descuido de no oler antes la infusión. El café no había sido envenenado.

Un hombre había pegado a Emma una bofetada. ¿Era aquel gesto el origen de los dos crímenes?

—Encuentro preocupado al señor —dijo Manny de pronto.

—Es cierto —contestó Daghan.

—Sin duda se debe a la escena que ha presenciado.

—Sí. ¿La has visto tú, Manny?

—He podido captarla a la perfección con mis circuitos visuales, señor.

—Y bien, ¿qué tienes que decirme?

—Perdone el señor, pero si dijera algo, causaría daño a un ser humano.

Daghan miró al robot con un solo ojo.

—Entonces, conoces al hombre —afirmó.

Manny guardó silencio. Daghan, sin embargo, creyó advertir en sus ojos artificiales un malicioso centelleo. Sí, se dijo, el robot conocía al hombre y sabía su identidad, pero el circuito de la obediencia a los humanos le impedía dar la respuesta que Daghan tanto ansiaba.

De todas formas, se dijo, era una base de partida. Averiguar la identidad del individuo iba a ser, desde aquel momento, su objetivo personal.

Veinticuatro horas más tarde, Lily le anunció que el robot estaba reconstruido y en condiciones de ser interrogado.

Daghan se situó frente al doble de Manny y dijo:

—Voy a interrogarte, robot.

—Sí, señor —contestó la máquina con voz neutra.

—Viniste acompañado de un hombre, quien te ordenó tomases el puesto de mi robot. Ese hombre te insertó un circuito agresivo, con la orden de asesinarme apenas me vieras. ¿Verdad o mentira?

—Verdad, señor.

Daghan inspiró profundamente.

—Bien, en tal caso, te ordeno que me digas el nombre de ese humano —pidió.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, se oyó un fuerte chasquido en el interior del cuerpo del robot, por cuyas fosas

nasales empezó a salir el humo.

Lily lanzó un grito de asombro. Lo que dijo Daghan fue mucho más fuerte.

—¿Por qué? —vociferó—. ¿Por qué se ha descompuesto otra vez esta maldita máquina?

Ella meneó la cabeza.

—El hombre manipuló en el robot —explicó—. Si la bomba no estallaba, como no estalló, alguien le haría una pregunta sobre su identidad. Entonces, se produciría una sobrecarga anormal y el circuito de la memoria quedaría tan inútil como una cinta magnetofónica después de borrada en ella la grabación realizada anteriormente.

—Entonces, ¿ya no sirve para nada ese robot?

—Con un nuevo circuito de memoria…, pero, ¿de qué nos serviría ese circuito si tendríamos que empezar a grabarlo todo?

—En resumen, que Manny número dos está amnésico.

—Amnésico perdido, sin posibilidad de recobrar la memoria jamás —replicó Lily tajantemente.

# CAPÍTULO XII

El hombre elegido en la siguiente pesquisa se llamaba Yuriu Firstin.

Profesión: director de programas de TV, ahora retirado.

Daghan llevaba en el bolsillo una impresión gráfica de la escena de la bofetada. Llamó a la puerta del departamento de Firstin y esperó.

Podía haber empleado el transportador individual, pero prefirió desplazarse por un medio normal. La espera no fue demasiado larga.

El hombre que apareció ante él contaba unos cincuenta y tantos años reales y alrededor de noventa temporales. Era alto, de aspecto distinguido y sienes plateadas. Miró a Daghan con moderado interés, pero pronto descubrió sobre el pecho del joven la placa que le identificaba como investigador.

—Usted es Daghan —dijo Firstin.

—En efecto. Deseo hablar con usted —manifestó el joven.

Firstin se echó a un lado.

—Adelante, investigador. Dígame en qué puedo servirle —solicitó, mientras Daghan cruzaba el umbral.

—Usted fue director de programas televisados en la época de más auge de Emma Hallez —dijo el visitante.

—Lo admito. Fue una buena época.

—No lo dudo. Mi visita obedece a averiguar detalles de ciertos hechos sucedidos en aquella época.

Firstin se sentó negligentemente en un diván.

—¿Por ejemplo?

—La bofetada que recibió Emma de cierto actor en una ocasión.

Firstin enarcó las cejas.

—¿Bofetada? No recuerdo —contestó.

Tranquilo, sin inmutarse, Daghan extrajo la fotografía y se la enseñó a Firstin.

—Es una impresión gráfica inmóvil de la proyección de un incidente ocurrido hace cuarenta años —dijo—. Esto le ayudará a recordar, espero, señor Firstin.

—Quizá yo no dirigí aquel programa —contestó el individuo evasivamente.

Daghan señaló hacia la pared.

—¿Quiere que pida una consulta a Archivo, para que me digan los nombres de cuantas personas intervinieron en aquel programa?

—Si puede hacerlo, ¿por qué ha venido a mí a preguntarme? —replicó Firstin agudamente.

—Se lo diré: nadie quiere facilitarme el nombre del partenaire de Emma.

—Entonces, ¿ya ha preguntado a los demás?

—Sí.

Firstin se echó a reír.

—¡Qué mal embustero es usted, investigador! Cualquiera diría que no le aplicaron el tratamiento R.M.P., ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? —inquirió el joven, asombrado.

—Muy sencillo. Fue una toma en la cual sólo intervinieron cuatro personas.

—¿Cómo?

—Se realizó a altas horas de la madrugada. Era una escena corta. Yo quise repetirla de nuevo. La gente había acabado ya su trabajo y estábamos solamente un operador, los artistas y yo. No es frecuente, pero se ha hecho alguna vez para escenas cortas, de poca importancia, de las que sirven de enlace entre secuencias más importantes. Era cuestión de cuatro o cinco frases en total, pero no acababa de gustarme cómo salía y decidí repetirlo hasta que quedase bien.

—Una explicación muy lógica —convino el investigador—. Estaban cuatro personas: usted, Emma, el actor y el operador. ¿Qué me dice de electricistas y demás personal?

—Eran robots.

—Comprendo. Si les interrogo, no contestarán, porque sería causar daño a un humano.

—Sí, justamente.

—Pero puedo interrogarle a usted. Y al operador. Firstin volvió a reír. Abandonó su negligente postura y se dirigió a la dispensadora

de bebidas, que le suministró dos copas en el acto.

Daghan rechazó la oferta con un simple movimiento de cabeza.

—Usted me puede interrogar a mí —admitió Firstin—. Pero no al operador.

—¿Por qué?

—Está muerto. Se llamaba Per Anderson. Hubo una larga pausa de silencio.

—Anderson era vigilante de controles de fabricación —dijo Daghan al cabo.

—En su primera juventud fue cámara de TV. Cuando murió tenía cuarenta años reales, pero setenta y siete temporales. Hacía años que había solicitado un trabajo más descansado.

—Comprendo. Entonces, Anderson conocía al hombre que abofeteó a Emma.

—Sí.

—Y usted también.

—Sí.

Firstin sonreía maliciosamente. A Daghan le dio la sensación de que se burlaba de él.

—Entonces, dígame el nombre de ese actor.

—¿Por qué no lo pregunta en los registros de la televisión?

—¿Cree que no lo he hecho? Cada vez que solicito esa información, aparece en la pantalla una frase que me crispa los nervios: consulta prohibida, consulta prohibida… Si se me nombró investigador con plenos poderes, ¿por qué se obstaculiza mi tarea?

—¿Y me lo pregunta a mí? —rió Firstin.

—El nombre del actor que golpeó a Emma, sí.

—Olvídelo, investigador. No se lo diré.

—Puedo exigírselo.

Firstin se encogió de hombros.

—¿Va a golpearme? Eso no se puede hacer, ni usted lo haría, por otra parte. Y si no le contesto, es por una cosa bien sencilla: no quiero seguir el mismo camino que Anderson.

—Es decir, que prefiere mantener la boca cerrada.

—Y así viviré otros cien años más.

—¿Qué me diría usted si yo le llevase ante el Consejo de Coordinadores, acusándole de negativa a cooperar en la investigación?

—¿Lo hará a la fuerza? Daghan cerró los ojos.

Inspiró con fuerza. El tratamiento R.M.P. actuaba con demasiada fuerza sobre su subconsciente. Durante un par de segundos, todo su organismo estuvo sometido a una intolerable tensión.

De repente, abrió los ojos y disparó el puño derecho. Sorprendido, Firstin cayó de espaldas, perdido el conocimiento instantáneamente.

Daghan se arrodilló sobre él y le puso la mano sobre el pecho.

—¡Menos mal! —exclamó—. No es un robot. Luego trató de dominar sus nervios. Era la primera vez que dañaba a una persona. Hasta entonces, todas sus violencias habían sido dirigidas contra robots, pero era muy distinto golpear a un humano.

Sin embargo, lo estimaba conveniente. Habían muerto dos personas y Yuriu Firstin poseía la clave para desentrañar el enigma.

Reflexionó unos instantes. Al fin llegó a la conclusión de que donde mejor podría realizar el interrogatorio sería en su propia casa.

Pero entonces se le planteó un problema.

Firstin se negaría a ir de grado. Tendría que llevarlo a la fuerza.

Atado iría mejor, pensó. Y se metió en el dormitorio para rasgar una sábana en tiras.

Estaba aprendiendo a ser policía, pero no llevaba encima algo que los antiguos policías usaban indefectiblemente en ocasiones similares: un par de esposas.

—Bueno, una tira de tejido servirá para atarle las muñecas y evitar reacciones inconvenientes —se dijo. Rasgó la sábana y con las tiras en la mano regresó a la sala. Apenas había dado dos pasos fuera del dormitorio, se detuvo en seco.

El mango del cuchillo que asomaba por el centro del pecho de Firstin le dijo que el antiguo director de programas de TV ya no hablaría jamás.

Daghan corrió hacia el caído, con la esperanza de oírle pronunciar algunas palabras en su agonía. Todo inútil; la muerte de Firstin había sido instantánea.

* * *

Lily se sentía espantada.

—Jamás había ocurrido nada semejante —dijo—. Es, literalmente, una epidemia de asesinatos.

—Así podría calificarse —concordó Daghan, ceñudo—. Tres crímenes, cometidos en menos de dos semanas, cuando habían pasado ciento setenta y tres años sin un solo asesinato, es, en verdad, una epidemia de muertes violentas.

—Luego entonces, el asesino es el hombre que dio la bofetada a Emma.

—Sí, justamente.

—Stel, ¿cree que esa bofetada es la clave del enigma?

—A mi entender, sí, porque el hombre cometió una violencia y no quiere que se sepa.

—Y para evitar que se sepa esa violencia, recurre a procedimientos todavía peores.

Daghan asintió.

—¿Le perjudicaría mucho al asesino que se conociese ese pasaje de su vida? —preguntó Lily.

—Indudablemente. De otro modo, no se conciben los riesgos que está corriendo.

—Stel, los crímenes fueron abolidos por el tratamiento RMP. Pero ahora hemos visto que el tratamiento no es del todo eficaz.

—En algunas personas, claro.

—Incluso en usted, porque dio un puñetazo a Firstin.

—No tenía otro remedio —se disculpó él.

—Desde luego. Ahora bien, cuando descubra al criminal, tendrá que ser también juez y decretar un castigo, que usted mismo se encargará de ejecutar. ¿Qué hará entonces? ¿Restablecer la pena de muerte? ¿Ejecutarla por sí mismo?

Daghan estaba a punto de echarse a llorar.

—Lily, por favor, no me haga esa pregunta —rogó—. Cada vez que lo pienso, se me ponen los pelos de punta —confesó.

## CAPÍTULO XIII

—Al señor se le plantea un difícil problema —dijo Manny respetuosamente, mientras servía la cena.

Lily y su robot Sally se habían vuelto a su casa. Mientras tomaba la sopa, Daghan hizo un melancólico gesto de asentimiento.

—Encontrará al criminal y tendrá que castigarlo —continuó Manny—. ¿Deberá solicitar la anulación médica del tratamiento R.M.P.?

Daghan miró al robot con un solo ojo.

—¿Podría hacerlo? —preguntó.

—Si tiene que causar un daño físico al reo, indudablemente, sí.

—Ayer pegué un puñetazo a un hombre. No me hizo falta para nada la anulación médica del tratamiento R. M. P., Manny.

—Fue una acción que usted estimó justa en bien de la comunidad. Ahora, por favor, permítame, ¿qué ha sido del cadáver?

—Avisé al doctor Sperry. Imagino que ya lo tendrán en la mesa de operaciones, haciéndole la autopsia.

—¿Sólo se lo imagina, señor? ¿No lo ha comprobado personalmente?

—Pues…

Daghan se quedó cortado un instante. Luego añadió:

—Di por sentado que Sperry enviaría a buscar el cadáver.

—Resultaría muy conveniente para el señor comprobar que, en efecto, ha sucedido así —dijo Manny. Daghan se dijo que el robot no le daba un consejo semejante sin un motivo determinado. Pero tal vez ese motivo no podía ser expresado en alta voz, por el temor a causar daño a los seres humanos, inherente a todo robot.

—Está bien —dijo—. Lo comprobaré ahora mismo.

—A fin de cuentas, Firstin tal vez está vivo todavía. El investigador miró a Manny.

—No digas tonterías —rezongó—. Tenía dentro del pecho veinte centímetros de acero.

—Ruego al señor no describa con tanto grafismo las lesiones recibidas por un humano —pidió Manny—. Al oír tal frase, mi circuito del horror se ha calentado demasiado y me he visto obligado a refrigerarlo para evitar daños en mis mecanismos.

—Lo siento, Manny —excusó Daghan.

Se puso en pie y caminó hacia la pared. Mientras esperaba la comunicación con el doctor Sperry, se puso a pensar en las palabras del robot.

¿Por qué debía comprobar algo de lo que estaba completamente seguro?

Yuriu Firstin estaba muerto. De ello no cabía la menor duda…, pero, a fin de cuentas, él no era médico. ¿Y si sólo se trataba de un gravísimo shock?

Ocasionalmente se producían accidentes, con heridos gravísimos. Era raro el que moría; la ciencia médica tenía hoy día recursos para todo.

Si tal cosa hubiera sucedido en Firstin, acabarían salvándolo. Y Firstin hablaría y delataría a su atacante, que no era otro que el asesino de Anderson y Emma Hallez.

Pero no, era vano esperar algo que no se podía producir. Firstin estaba muerto y bien muerto, y ya no hablaría.

Lástima, hubiera resultado tan interesante poder poner la mano encima al asesino… Se imaginó el terror del criminal al saber que Firstin vivía. Hubiera tenido que actuar rápidamente, para impedir que los médicos le pusieran en condiciones de declarar…

De pronto, un estremecimiento recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. ¡Qué diablos, Firstin había muerto, pero aun así, podía resultarle útil!

En un instante comprendió la astucia de su robot. Volvió la cabeza y fijó los ojos en Manny.

La máquina con figura humana asintió lenta y repetidamente, moviendo la cabeza arriba y abajo. Daghan reprodujo sus gestos.

—Gracias, Manny; ha sido una magnífica idea.

Y, en aquel momento, sonó la voz del doctor Sperry.

—Estoy a sus órdenes, investigador —declaró. Daghan se enfrentó con la pantalla.

—¿Cómo está Firstin, doctor? ¿Ha recobrado ya el conocimiento?

—Pero, investigador, Firstin murió a consecuencia de…

—No —contradijo Daghan con firmeza—. Firstin no ha muerto. Se halla en gravísimo estado a consecuencia de la herida recibida, pero ustedes confían en salvarle, lo que, en su día, le permitirá declarar el nombre de su atacante. ¿Ha comprendido, doctor?

Sperry dudó un momento. Luego, una sonrisa iluminó sus facciones.

—¿Sabe?, usted empieza a hacérseme simpático, investigador —dijo.

—Gracias, doctor. Creo que con lo que le he dicho ya tiene más que suficiente. Dentro de unos momentos estaré ahí para ver cómo sigue el «estado de salud» de Yuriu Firstin.

Daghan cerró la comunicación y se volvió hacia el robot.

—Manny, ¿qué hará el asesino cuando conozca la noticia de que Firstin puede recobrar el conocimiento?

—Tratará de completar su obra, señor —contestó Manny.

—Exactamente —corroboró Daghan—. Y entonces, estaré esperándole yo allí para, como se decía en tiempos antiguos, echarle el guante.

* * *

Daghan examinó críticamente la decoración y aprobó con vigorosos movimientos de cabeza.

El supuesto herido estaba en la cama, bajo una tienda de oxígeno. A la derecha de la cama estaban los aparatos de observación: pulso, respiración, tensión arterial y electroencefalógrafo. Todo parecía como si se tratase de arrancar a un moribundo de las garras de la muerte.

—Está bien, doctor —dijo momentos después—. Ahora sólo falta esperar.

—¿Con las manos desnudas? —preguntó Sperry. Daghan sonrió.

—No he venido desarmado, hasta cierto punto, claro —respondió.

Abrió la puerta del cuarto y llamó:

—¡Manny!

—¿Señor?

El robot avanzó, portador de dos cajas, cuya apariencia hizo

alzar las cejas del doctor Sperry. Sin decir nada, Manny empezó a trabajar activamente, contemplado con expectación por el doctor Sperry y sus ayudantes.

Momentos después, Manny había terminado y dejó el cuarto. Daghan explicó la utilidad de aquellos dos artefactos.

—Esa caja que ve ahí, de la que sobresale una antena —explicó—, es un interferidor. El asesino, me imagino, llegará aquí como lo ha hecho en precedentes ocasiones; es decir, usando su transportador individual.

—Y el interferidor impedirá que pueda marcharse, porque anulará la acción del transportador.

—Justamente. En cuanto a ese otro artefacto, es una cámara cinematográfica, de funcionamiento automático. Grabará la imagen del asesino, lo que me servirá a mí de prueba en su día.

—Entiendo. —Sperry sonrió—. Investigador, ¿actuaban así los policías de hace doscientos años?

—Más o menos —contestó Daghan, también sonriente—. Bien, creo que lo mejor es esperar fuera. La noticia se ha divulgado ampliamente y el asesino no tardará, creo, en venir a comprobar su mala puntería con el cuchillo.

—El cuchillo —repitió Sperry pensativamente—. ¿Por qué apuñaló a Firstin?

Ya estaban en el corredor. Daghan cerró la puerta y se encaró con el galeno.

—En la antigüedad había muchos medios para matar a una persona —manifestó—, pero había algunos clásicos: la pistola, el veneno, el cuchillo… El asesino ha empleado esos tres, doctor.

—Sí, pero, ¿por qué? ¿Cómo es que no ha empleado siempre la misma arma?

—Uno de los elementos fundamentales de toda investigación policial, en tiempos en que se hacían estas cosas, era el arma empleada en el crimen —respondió Daghan—. Si el arma era siempre la misma, la investigación progresaba grandemente, y esto lo sabe el asesino, y por dicha razón trata de dificultar mi labor, usando cada vez un arma distinta.

—Comprendo. Y ahora, la duda, por tanto, estriba en conocer el arma que empleará para deshacerse de un supuesto moribundo.

—Exactamente.

De súbito, Manny levantó una mano.

—Estoy captando algo con mis circuitos auditivos… —dijo—. Sí, es una emisión de radio…

Daghan se puso rígido.

—¿Dónde, Manny? —inquirió excusadamente.

El robot extendió una mano. Daghan se lanzó hacia la puerta del cuarto donde yacía el cadáver de Firstin, pero, en el mismo momento, sonó una espantosa detonación.

Un tabique se derrumbó estruendosamente. Sonaron gritos de espanto.

El humo salió en enormes oleadas por la brecha abierta por la explosión. Se oían crujidos por todas partes. Algunos, heridos por los cascotes, proferían lamentos y gritos de queja.

Daghan se llevó la mano a la mejilla, en la que había notado el arañazo de un trozo de pared. Los ventiladores empezaron a disipar el humo y entonces divisó un cuadro desolador.

La habitación estaba destrozada por completo, prácticamente en ruinas. Los efectos de la explosión habían resultado devastadores.

Sperry estaba temblando de pavor.

—Pero…, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó quejumbrosamente.

Daghan avanzó unos pasos y examinó el cuadro que se ofrecía ante sus ojos.

El interferidor estaba completamente destrozado y lo mismo ocurría con la cámara, convertida en un montón de inútil chatarra. La cama y los aparatos de observación médica eran solamente montones de hierros retorcidos.

Los equipos de socorro acudían rápidamente para curar a los heridos. Daghan avanzó unos pasos y, de repente, pisó algo que le hizo estremecerse.

Era una mano que sostenía un trozo de cuerda, delgada pero sólida y resistente. Se estremeció de horror, pero este sentimiento dejó paso muy pronto a otro de perplejidad.

La mano era artificial.

—Un robot —musitó.

Aquí y allí se veían piezas del hombre mecánico, destruido por la explosión. Daghan buscó su cifra de identificación, pero pronto desistió de hacerlo cuando encontró el número de la fábrica donde había sido construido el robot.

Era la fábrica número 877.

Resultaría inútil buscar al dueño del robot. La fábrica había sido destruida y con ella los archivos.

De repente, se acordó de una frase pronunciada durante la conversación con el doctor Sperry.

—Pistola, veneno, puñal… y ahora la cuerda. Cada vez un medio diferente para quitar la vida a una persona.

Pero ahora va no importaban tanto las armas como el próximo paso del asesino que, seguramente, sería cometer otra muerte.

¿Cuál sería la siguiente víctima?

# CAPÍTULO XIV

Las pupilas artificiales de Sally chispearon al ver a Daghan y a su robot ante la puerta.

—Bienvenido, señor —saludó «la» robot respetuosamente—. Tenga la bondad de pasar, señor.

—Gracias, Sally.

Manny entró detrás del joven. Lily salió al encuentro de sus visitantes con la ansiedad pintada en el rostro.

—He oído las noticias —manifestó, tendiendo sus manos a Daghan—. ¿Se encuentra bien, Stel?

—Ya se me ha pasado el susto —sonrió él.

—Pero no las ganas de tomarse una copa. ¿Sally?

—Al momento, señorita. Ven, Manny —pidió—, deja a los humanos que hablen de sus cosas.

Daghan sonrió.

—Un poco mandón su robot, ¿eh? ¿Se ha impregnado del espíritu femenino de autoritarismo?

—Algo hay de eso —contestó Lily—. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Sally vino enseguida con la bandeja. Daghan tomó su copa y bebió un par de sorbos.

—Mi trabajo ha sido en vano —dijo luego, quejumbrosamente.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Primero el asesino envió a un robot.

—Con los circuitos convenientemente acondicionados.

—Por supuesto, Lily. Preparé un interferidor para evitar su regreso; las ondas emitidas por el aparato eran de una potencia muy superior a las del transportador individual y el asesino se hubiese quedado allí sin remedio.

—Pero entonces se produjo la explosión.

—Sí, y el estallido destruyó por completo la cámara que yo había preparado, aunque, de todas formas, era un aparato inservible

desde el primer momento.

—Porque el enviado del asesino era un robot.

—En efecto. Y, por si fuera poco, construido en la fábrica número 877.

—Con lo que una posible consulta a los archivos queda descartada.

—Así es, Lily.

—Pero no me explico cómo pudo explotar el robot —exclamó la muchacha—. ¿Se le ocurre a usted alguna idea al respecto?

—Lo he comentado con Manny mientras venía hacia aquí —respondió Daghan—. Segundos antes de la explosión, Manny me dijo que estaba captando una emisión de radio. Ahora, tras lo ocurrido, y aunque Manny no pudo captar nítidamente lo que se decía en esa emisión, es fácil adivinarlo.

—¿Qué era, Stel? Dígamelo, por favor —pidió Lily.

—El asesino envió a su robot para completar la tarea. Entonces, el robot se dio cuenta de que Firstin, efectivamente, estaba muerto. Por tanto, el asesino se dijo que no debía correr ningún peligro. Estoy seguro de que había colocado una bomba en el cuerpo del robot. Cuando este le dijo la verdad, el asesino la hizo estallar por medio de una señal de radio.

—Y, de este modo, se evitó la captura del robot.

—Justamente, porque habríamos suprimido de sus mecanismos la bomba y el circuito de agresividad, convirtiéndolo en un robot normal, al que no habría quedado otro recurso que contestar a mis preguntas. Lily exhaló un profundo suspiro.

—Una vez más, se nos esfuma la posibilidad de encontrar al asesino —dijo.

—Sí, porque, destruida la fábrica 877, es imposible consultar los archivos que nos habrían dado una pista segura.

—El dueño del robot destruido es el asesino.

—Ciertamente, Lily.

—Pero el asesino poseía más de un robot —alegó ella—. Recuerde al doble de Manny…

—Y también al supuesto Zormir, que era un robot. Lily, la fábrica 877 era suya.

—Bueno, ahora se le ha acabado la provisión de robots.

—A menos que ponga a robots en los puestos directivos de otra

fábrica.

—Pudiera ser. —Lily se pellizcó el labio inferior—. Pero hasta que ocurra eso… Es una lástima; los archivos están destruidos…

—Con permiso, señor —dijo Manny de pronto, desde el umbral de la puerta que daba a la cocina—. Todos los archivos no están destruidos.

Daghan saltó en su asiento.

—¿Cómo?

—El señor se ha olvidado de la Máquina.

Un profundo silencio gravitó de repente sobre la estancia.

—La Máquina —repitió Lily, pasados algunos segundos.

—En efecto, señorita —confirmó el robot. Lily volvió los ojos hacia el joven.

—Es verdad —dijo—. La capacidad de almacenamiento de datos de la Máquina es infinita.

—Y, que yo sepa, todos los datos del proceso de fabricación de un robot, están archivados en la Máquina —dijo Daghan.

—¿No iban a estarlo, si lo están también los de las personas? —manifestó Manny, con robótica ironía.

—La Máquina dijo que yo debía llevar la investigación personalmente —murmuró Daghan.

—Muy cierto, señor; y por dicha razón, la Máquina y sus complementos mecánicos, como el cronoscopio, le negaron la información que usted pedía. Pero puede interrogar «personalmente» a la Máquina.

Daghan se estremeció.

—Nadie lo hace —dijo.

—El señor habrá de permitirme que su supersticioso temor hacia una Máquina, más o menos completa y poderosa, es infundado.

—En el tratamiento R.M.P. se nos ha enseñado que la Máquina es nuestro guía y la que resuelve todos nuestros problemas.

—¿También el de encontrar a un asesino? No parece que, hasta ahora, le haya dado excesivas facilidades para su tarea —exclamó Manny cáusticamente—. ¿No se dice que la Máquina gobierna para el bien de los humanos? ¿Proteger a un asesino, es protegerles a ustedes?

Manny ya no dijo más. Giró sobre sus talones y abandonó la habitación, dejando a los dos jóvenes entregados a sus

pensamientos.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Daghan exclamó.

—Sí, Manny tiene razón. Es preciso interrogar a la Máquina.

—¿Lo harás tú? —preguntó Lily, tuteándolo inconscientemente.

—En persona. —Daghan sonrió—. Recuerda: la Máquina insistió mucho sobre este punto.

Lily inspiró con fuerza.

—Stel, quiero pedirte un favor —dijo.

—Si está en mis manos…

—Creo que sí. Déjame acompañarte. Yo también quiero estar presente cuando interrogues a la Máquina.

—Puede resultar peligroso —advirtió él.

—Por eso mismo —contestó Lily resueltamente.

* * *

La Máquina estaba situada en las entrañas de una montaña de gran elevación, sobre una sólida base de roca viva y en un lugar donde los movimientos sismográficos eran prácticamente nulos. Una bóveda de más de dos mil metros de roca la protegía de todo elemento exterior y, a cientos de metros bajo ella, estaba la gigantesca central que proporcionaba a la Máquina las colosales cantidades de energía que precisaba para su funcionamiento.

Daghan y Lily se detuvieron al pie de la montaña, que destacaba nítidamente contra el horizonte. Una leve columna de gas gris se elevaba de uno de los flancos, confundiéndose prontamente con la atmósfera.

Cerca de ellos había una línea ferroviaria de vía estrecha. Una pequeña locomotora, que arrastraba media docena de vagonetas cargadas con diversos minerales, pasó a moderada velocidad por delante de ellos.

—¿Qué significa ese convoy? —preguntó Lily.

—Hay hierro, níquel, cadmio, cobre, tungsteno y otros metales. También hay vidrio y material aislante. Adentro, en la sección de transformación, es transformado convenientemente para proveer a las necesidades de la Máquina.

—No entiendo qué necesidades pueda tener una máquina, como no sea electricidad y aceite —dijo Lily, asombrada.

—Son necesidades propias del crecimiento —explicó él—. La Máquina necesita crecer, para atender a todos los datos que almacena diariamente. En el interior de la montaña, hay máquinas automáticas que transforman la materia prima y la convierten en las piezas que necesita la Máquina.

—Ahora sí lo entiendo. Es como una gigantesca calculadora, a la cual se acoplasen continuamente nuevos suplementos para almacenamiento de datos, que luego serán utilizados en los procesos informativos correspondientes.

—Así es —confirmó Daghan—. ¿Vamos?

Echaron a andar paralelamente a la vía férrea, que se perdía en un túnel situado en la base de la montaña. Mientras caminaban, Lily dijo:

—Pero la Máquina debe de necesitar una cantidad de energía realmente fabulosa.

—Desde luego. Debajo de ella, a cientos de metros de profundidad, está la central eléctrica, alimentada por energía másica. En un principio, la Máquina funcionó con energía atómica, pero los reactores no aprovechaban íntegramente la energía desprendida par el material fisible que estaba encerrado en el reactor.

—En cambio, la central másica aprovecha íntegramente toda la energía del combustible nuclear.

—Bueno, es que una central másica ya no utiliza combustible nuclear. El nombre mismo lo dice: su maquinaria aprovecha íntegramente toda la masa del material empleado como combustible. Un decímetro cúbico de cualquier materia, es decir, de cualquier cosa que posea masa —¿y que elemento en la Tierra no posee masa?—, equivale a millares de toneladas de carbón. Prácticamente, hasta la basura sirve, puesto que las transformaciones que la materia sufre en el reactor másico, lo convierten en un material de total contenido energético.

—Voy entendiendo. Con el combustible nuclear clásico, quedaban residuos radiactivos. Con el combustible másico, no quedan residuos de ninguna clase.

—Absolutamente nada. Es la transformación total de la masa en energía.

—¿Y ese humo que sale por la ladera?

—Procede de los hornos de fundición. Un poco de humo es inevitable, pero la cantidad que sale no enturbia la atmósfera.

Ya habían llegado a la boca del túnel. Daghan se detuvo un instante y Lily le imitó.

El joven realizó una profunda aspiración.

—Bien —exclamó de pronto—, vamos a meternos en la guarida del monstruo mecánico que gobierna a toda la humanidad.

## CAPÍTULO XV

El túnel era bastante largo, más de dos kilómetros, que recorrieron a pie, bajo una iluminación indirecta que no hacía el menor daño a la vista.

A medida que ganaban terreno, aumentaba la temperatura. Daghan murmuró:

—La Máquina necesita un ambiente de temperatura uniforme. Por supuesto, hay termostatos que regulan los equipos de calefacción y refrigeración.

—¿Qué pasaría si se suprimiese la calefacción?

—A menos de quince grados, la máquina sufriría entorpecimientos en sus múltiples cerebros electrónicos. A los diez, se «congelaría».

—Y dejaría de funcionar.

—Pero antes de que eso ocurra, entrarían en acción los «mecanismos de defensa», ni más ni menos que como actúan los anticuerpos en el organismo humano, cuando éste es atacado por una infección. Claro que aquí lo que ocurriría es que se elevaría o descendería la temperatura automáticamente, siempre que se alejase de los límites tolerables para el buen funcionamiento de la Máquina.

—Es decir, que no hay posibilidad de que la Máquina se pare.

—Teóricamente, no.

De pronto, llegaron a la salida del túnel.

Una vasta explanada, cuyos límites no se alcanzaban con la vista, se apareció ante los asombrados ojos de la pareja. Delante de ellos estaba la Máquina.

No era una sola Máquina, en realidad, sino que estaba compuesta por muchas otras. La línea ferroviaria se desviaba a la derecha de la boca del túnel y sé alejaba en dirección al departamento donde los aparatos automáticos fabricaban, noche y día, más computadoras para acoplar al conjunto general de la

Máquina.

Daghan y Lily contemplaron en silencio las interminables hileras de elevados bloques metálicos, semejantes a gigantescos ladrillos de pulida superficie gris, en cada una de cuyas caras podían verse infinidad de lamparitas de todos los colores, apagándose y encendiéndose continuamente.

Era un espectáculo abrumador y maravilloso al mismo tiempo. El silencio era absoluto, salvo por un ligerísimo rumor que provenía de billones de diminutos engranajes moviéndose sin cesar y al mismo tiempo. Cada bloque era una computadora y medía unos diez metros de alto, por cincuenta de largo y unos veinte de grueso. El número de los bloques era incontable.

—Debe de haber algún lugar donde formular las preguntas —dijo Lily de pronto.

Como si la Máquina hubiera oído sus palabras, una flecha de color rojo se encendió y apagó varias veces delante de ellos. Daghan entendió la señal y agarró el brazo de la joven.

—Vamos —dijo.

Las flechas se repetían de cuando en cuando, señalándoles el camino con sus silenciosas oscilaciones. De pronto, alcanzaron una especie de plazoleta, en cuyo centro se divisaba un pupitre, con un teclado de consulta.

Delante del pupitre había una gran pantalla televisora. Pero también había micrófonos. Daghan decidió hablar, mejor que conversar gráficamente.

Se acercó al pupitre y tomó uno de los micrófonos. Pulsó un interruptor y dijo:

—Soy Stel Daghan, investigador, cifra R — 9 — 4215 — L — 31. Deseo hablar contigo.

Una voz, que parecía llegar de las entrañas de la Tierra, contestó:

—Te escucho. Habla, investigador.

—Estoy buscando a un asesino. Tú conoces sus datos. Dámelos.

—Realmente, ¿buscas a un asesino? —preguntó la Máquina.

Daghan y Lily se quedaron perplejos ante aquellas palabras.

—Se me nombró con ese fin —alegó él.

—En apariencia, sí, pero…

—Pero, ¿qué? ¿Por qué te interrumpes? ¡Contesta! ¡Eres una

Máquina; yo soy un humano! ¡Me debes obediencia! —dijo Daghan imperiosamente.

—Calma, mi impetuoso amigo. Vayamos por partes. Estás buscando a un asesino, cierto; pero, subconscientemente, ¿no estarás buscando también otra cosa?

—No me gustan las frases sibilinas. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Tú buscas liberarte de mi dominio —declaró la Máquina.

Hubo una pausa de silencio. Luego, la Máquina continuó.

—En tu subconsciente, te sientes humillado y avergonzado de tener que depender para todo de una máquina: tu alimentación, tu vestuario, tus necesidades, tu salud, tus diversiones, tu futuro… ¿Me equivoco?

—En cierto modo, así es, aunque no creo que esto tenga nada que ver con el caso que me ha traído aquí. Si mal no recuerdo, tú misma me dijiste que debía realizar la investigación personalmente. Dirigiéndome a ti sin intermediarios, hago lo que tú me aconsejaste.

—Eso es verdad —admitió la Máquina—. Pero también es verdad lo de tu frustración y tu resentimiento contra mí, en general, contra todas las máquinas pensantes.

—Parece que no anda del todo descaminada —intervino Lily a media voz.

Daghan miró a la joven con sorpresa.

—Puede que tengas razón —murmuró. Elevó la voz—: Quizá sea cierto lo que dices. En tal caso, ¿no me dirás el nombre del asesino?

Pareció como si un ser invisible riera bajo el suelo de la caverna.

—¿Eres incapaz de adivinarlo por ti mismo? Has tenido ocasión de recopilar datos en abundancia. Haz que encajen y tendrás la solución —respondió la Máquina.

—Ese asesino, suponiendo que en alguna ocasión, no haya actuado per se, empleó robots de una fábrica determinada. Los archivos de esa fábrica están destruidos, pero tú guardas en tu memoria mecánica las cifras de los robots que colaboraron con el asesino. Cuando un robot es asignado a un humano, el dato llega hasta aquí: las cifras del humano y del robot. Por tanto, tú almacenas esos datos. Debes dármelos.

—¿Y si me negara a ello?

—Entonces, corroborarías mi impresión personal: más que

gobernador del mundo, te has convertido en su dueño y a los hombres nos manejas como a peleles.

—¿Qué me dices del Consejo de Coordinadores? —¡Oh, vamos, todos sabemos quiénes son y qué hacen! La menor decisión te es consultada por ellos. Es el gobierno teórico solamente; pero ninguno de los coordinadores se atreve a actuar por sí mismo, salvo para cosas tan rutinarias, que igual podría hacerlas un niño de pocos años.

—No critiques en otros lo que tú también haces —contestó la Máquina—. ¿Por qué has venido a consultarme algo que deberías haber adivinado por ti mismo? ¿O no eres un humano?

Daghan apretó los labios.

—Tienes casi doscientos años de vida. En ese tiempo, has crecido monstruosamente y has almacenado en tus memorias artificiales trillones de datos. Eres como un ser humano que, además de haber vivido doscientos años, dispusiera de un millón de cerebros. ¿No crees que eso es demasiada ventaja sobre mí?

—No, porque tú eres un ser viviente orgánico y yo solamente soy un conjunto de máquinas. Mi millón de cerebros no pueden compararse al único que tienes tú.

—¿Significa eso que debo resolver el asunto por mi cuenta y riesgo?

—Sí.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Daghan, exasperado.

—Ya te lo he dicho: tú eres un humano; yo soy una máquina. Demuestra tu superioridad sobre las máquinas.

—¿Te tenemos para que nos ayudes o nos obstaculices?

—Estoy ayudándote —dijo la Máquina, «impasible». Daghan se volvió hacia Lily. Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, ella tiene razón. Debes emplear tu cerebro, Stel —murmuró.

—Entonces, ¿hemos perdido el tiempo? —exclamó él desesperanzadamente.

—No, porque habiendo venido aquí, volverás sabiendo tu superioridad de humano sobre mí, que soy una sola Máquina. Conozco al asesino, es cierto, pero lo encontrarás tú… y le aplicarás el castigo adecuado.

—En ese humano, falló el tratamiento R.M.P. —alegó el joven.

—¿Se te ha ocurrido preguntarte siquiera si se hizo eliminar de su organismo los efectos del tratamiento? —preguntó la Máquina.

Daghan se quedó parado.

—¡Nadie puede hacer una cosa semejante! —exclamó—. El tratamiento de Reeducación Mental Previa empieza cuando el ser humano está todavía en estado fetal, en el claustro materno. Entonces se le inculcan sentimientos de bondad, de amor a los semejantes, de colaboración y cooperación con todos los demás humanos… e incluso se continúa ese tratamiento, grabándolo en su subconsciente, durante los dos primeros años de su vida extrauterina. Tú eres la autora del tratamiento, ¿no?

—Efectivamente —confirmó la Máquina—. Y lo ideé antes de cumplir el primer cuarto de siglo de mi mecánica existencia. Hasta ahora ha dado buenos resultados, ¿no?

—Salvo en un caso —objetó Daghan.

—El caso del humano que hizo anular el tratamiento.

—¿Médicamente?

—¿He de darte yo también la respuesta?

La mano de Lily se posó sobre el brazo de Daghan.

—Vámonos —murmuró—. Creo que la Máquina ha hablado ya bastante.

—Sí —convino él—. Tienes razón; ya ha dicho bastante.

Elevó la voz.

—Nos marchamos —declaró—. Gracias por tus respuestas.

—Te daré un consejo: no dejes que las máquinas os dominen. Sois humanos; nosotras debemos obedeceros. Ten eso presente y culminarás tu investigación. ¡Adiós! —concluyó la Máquina.

Daghan cogió la mano de Lily. En silencio, impresionados por la entrevista, buscaron la salida. Cuarenta y ocho horas más tarde, Daghan se acercó al teclado de su intercomunicador y escribió:

«Mensaje del investigador al Consejo de Coordinadores:

»Solicito la reunión urgente del Consejo para el día de mañana a las 14.00 horas. Objeto reunión: informar sobre investigación asesinato Per Anderson.

»Solicito respuesta afirmativa individual.

Stel Daghan, investigador.»

Las contestaciones, todas afirmativas, fueron llegando en el transcurso del día. La última en llegar fue la de Kerk Ellith, supremo

coordinador:

«Propuesta reunión aceptada para hora señalada.

»K. Ellith — Supremo coordinador»

## CAPÍTULO XVI

Con paso firme, Stel Daghan se acercó a la puerta de la sala donde se reunía el Consejo de Coordinadores. La puerta se dividió en dos mitades, que se deslizaron silenciosamente a ambos lados, y el joven cruzó el umbral.

Dos docenas de pares de ojos le contemplaron inquisitivamente. Daghan llevaba en la mano una especie de maleta, que depositó sobre uno de los extremos de la mesa ocupada por los coordinadores.

Luego hizo una inclinación de cabeza.

—Señoras, caballeros… —saludó. Ellith hizo un gesto con la mano.

—Bienvenido, investigador —saludó—. Puedes iniciar tu informe cuando gustes.

Daghan recorrió con la vista los rostros de todos los presentes, entre los que figuraban algunas mujeres. Carraspeó ligeramente y empezó a hablar:

—Señoras, señores… Por este Consejo se me encomendó, tras previa consulta, la investigación sobre el asesinato de Per Anderson. Para mí es un motivo de orgullo manifestarles que he llegado a la conclusión de que puedo identificar al asesino, a quien luego, por los poderes que se me confirieron, juzgaré y aplicaré la sanción adecuada.

Los coordinadores le escuchaban con infinita atención. Tras una corta pausa, Daghan prosiguió.

—Per Anderson murió asesinado de un disparo hecho con un arma de fuego. —Daghan abrió la maleta y sacó la pistola—. Es un arma reproducida con toda exactitud, tras una consulta hecha en el cronoscopio. Naturalmente, el asesino ya había planeado la muerte de Anderson.

¿Cómo ejecutó su crimen? Muy sencillo. Robó un transportador individual, cualquiera, al azar, se personó en el domicilio de

Anderson y le pegó un tiro. Luego puso en el transportador robado al cadáver, lo depositó en medio de la calle, le quitó el aparato, operación que puede realizarse en cuestión de segundos, y desapareció. El cuerpo de Anderson en el suelo, en un lugar público, no tenía otro objeto que confundir a la opinión pública.

»Pero el asesino cometió un error. Robó un transportador, sin saber que él podía llevar en brazos a una persona o una máquina de peso similar, un robot, por ejemplo, como he hecho yo. A partir de ahí, empezaron mis investigaciones.

»Descubrí que Anderson había estado relacionado con Emma Hellez. Emma debió de figurarse cuál era el asesino y por eso mismo murió también, para que no lo delatase. Con ella se empleó el veneno.

»Pero había alguien más que podía conocer al asesino. Era Yuriu Firstin. El asesino no quiso que Firstin diera alguna pista y lo apuñaló, empleando para sus desplazamientos, lógicamente, un transportador individual.

El puñal apareció junto a la pistola. Daghan calló unos instantes.

—Mientras tanto —prosiguió—, el asesino empezaba a darse cuenta de que, pese a sus precauciones, la investigación podía dar mal resultado para él y procuró obstaculizarla todo cuanto pudo, por lo que trató de matarme en más de una ocasión, empleando, incluso, robots contra mí; robots a los cuales había insertado un circuito de potencial superior al del de la obediencia a los seres humanos, el circuito de la agresividad.

»Pero el asesino no contó con que yo soy humano y que había estudiado a fondo la Criminología y la Ciencia Policial. Tenía que hacerlo así, puesto que se me había encomendado la investigación. Estuve a punto de capturarlo, cuando le tendí la trampa en el hospital dirigido por el doctor Sperry.

»El asesino creyó que Firstin vivía y envió a uno de sus robots para asesinarlo, con un nuevo medio. El trozo de soga cayó junto a la pistola y el puñal. Los coordinadores escuchaban en medio de un profundísimo silencio.

—Un robot fue enviado para rematar a Firstin. El robot se dio cuenta de que Firstin estaba realmente muerto y lo comunicó por radio a su amo. Entonces, éste lo destruyó por telecontrol.

»Ahora —continuó Daghan—, ustedes se preguntarán por qué

cometió el asesino todos estos crímenes, ¿verdad? La respuesta es sencilla: por una bofetada.

»Sí, el asesino fue actor hace cuarenta años y, en un momento determinado, pegó una bofetada a una mujer. El incidente fue olvidado hasta que Per Anderson juzgó oportuno resucitarlo, cuando se propuso entrar a formar parte del Consejo de Coordinadores. Al asesino no le convenía y por ello le mató y mató también a los dos únicos testigos humanos de la escena. De los robots no se preocupaba, puesto que no declararían en su contra, ya que ello significaría causar daño a un humano.

»El tratamiento R. M. P. no elimina absolutamente todos los sentimientos nocivos del ser humano o lo hace en proporciones reducidas. Anderson conservaba casi intacto el sentimiento de la ambición y quería ser elegido coordinador. Por más que se diga, las diferencias sociales no han sido abolidas absolutamente y un coordinador goza de preeminencias negadas a los demás humanos, aparte de que es preciso tener en cuenta la ambición de mandar en algo más que en las máquinas: mandar en los seres humanos.

»Probablemente, Anderson expresó su deseo de llegar un día a ocupar el primer puesto en este Consejo. Ello, señoras y señores, representó su perdición.

»Ahora bien, ¿cómo pudo cometer el asesino sus crímenes? ¿Era que no había sido sometido, como todos los humanos, al tratamiento R. M. P.?

»¡Por supuesto que sí, pero lo hizo anular médicamente! Y todavía hizo algo más, algo que, esperaba, le iba a proporcionar una existencia prácticamente ilimitada. Fue una operación realizada por robots médicos en la fábrica número 877. No sólo se anuló el tratamiento al asesino, sino que, a su vez, se le transformó en un robot. ¿Quieren ustedes conocer el motivo final del asesino?

—Sí —exclamó el coordinador de Transportes—, dígalo usted.

—El principal motivo era hacer que las máquinas dominasen a los humanos…, ¡cuando él hubiera dominado por completo a las máquinas!

—¡Exigimos el nombre del asesino! —gritó el de Sanidad.

Daghan hizo una corta pausa. Inspiró con fuerza y dijo:

—El asesino es el hombre a quien una bofetada podía cortar su carrera pública, si se divulgaba, como pretendía Anderson. Una

bofetada era inconcebible en un ser humano, puesto que denotaba un sentimiento de cólera que no debía existir en él. —Daghan soltó una risita—. Claro que el tratamiento no debió de hacer mucho efecto en Emma Hallez; tenía un genio infernal, según declaraciones de siete hombres programados como esposos suyos. Pero la base de todo está en la bofetada que ella recibió hace muchos años.

—¿Y quién se la dio a Emma Hallez? —preguntó el coordinador de Comunicaciones.

—Kerk Ellith.

* * *

Un sentimiento de horror unánime invadió los ánimos de todos los presentes. Dos docenas de pares de ojos se fijaron en el supremo coordinador.

—Lo siento —dijo Daghan—. Usted no pudo borrar todos los rastros de sus acciones. Sobre todo, la transformación realizada en la fábrica número 877.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —preguntó Ellith, sin descomponer el gesto.

—No todos los empleados de la fábrica eran robots. Había algunos humanos. Ha sido cuestión de interrogarlos pacientemente. Ellos me dieron la pista, sobre todo, después del incendio que destruyó la fábrica. Había allí un exceso de robots empleados con titulación médica.

—Entonces —dijo la coordinadora de Infancia—, ¿es usted un robot, Kerk Ellith?

El supremo coordinador sonrió.

—Casi —respondió—. Mi cuerpo es el de un robot. Mi cerebro, en cambio, es enteramente humano.

—¡Y pretendía dirigirnos a todos, maldita máquina! —gritó el de Asuntos Planetarios.

—¡A todos, miserables humanos! —contestó Ellith despreciativamente—. Sí, vosotros podéis vivir doscientos años, quizá más, pero yo viviré siempre, siempre… y dominaré a la máquina, a las máquinas… y dominaré a todos los hombres.

—Menos a uno —intervino Daghan.

—¿A usted, investigador?

—Sí.

Ellith sonrió burlonamente.

—Sólo le falta pronunciar la sentencia, porque imagino que ya me ha juzgado.

—En efecto —contestó el joven serenamente.

—Y, ¿cuál es la sentencia? —preguntó Ellith, sin dejar de sonreír.

Daghan hizo una corta pausa, llena de dramatismo. Los coordinadores aguardaban expectantemente.

—Tienes cerebro humano, pero no eres un hombre —dijo Daghan al cabo—. Eres un robot. ¡Destrúyete! Ellith se puso en pie, como impulsado por un resorte.

—¡Destrúyete! —gritó Daghan—. ¡Destrúyete! ¡Destrúyete!

Los ojos de Ellith voltearon agónicamente en sus órbitas. Era indudable que sostenía consigo mismo una violentísima lucha interior.

—¡Destrúyete! ¡Destrúyete!

Las manos de Ellith rasgaron violentamente sus ropas. Roncos sonidos se escapaban de su garganta artificial.

Se arrancó la placa protectora del pecho. Los mecanismos interiores quedaron al descubierto. Metió una mano y pegó un tremendo tirón.

Sonó un tremendo chasquido. El cuerpo de Ellith se convulsionó horriblemente, a la vez que el humo brotaba de la abertura.

Alguien lanzó un grito de espanto. Por la nariz de Ellith, en lugar de humo, brotaba sangre.

Un crujido terrorífico puso punto final a la espantosa escena. El cuerpo de Ellith se retorció increíblemente y casi se partió en dos.

Luego, convertido en una masa de metal, piel artificial y un cráneo humano reventado y destrozado, cayó al pie del sillón presidencial.

Daghan se quitó del pecho la placa que denotaba su cargo y la dejó sobre la mesa.

—Señoras, señores, mi investigación ha terminado.

* * *

—De modo que Ellith era un robot.

—Digamos mejor un semirrobot… o un semihumano —contestó Daghan.

—Sé lo que investigaste para conocer la transformación que él mismo se había hecho, en su loca ambición de vivir eternamente —dijo Lily—, pero, ¿cómo llegaste a dominarlo? La combinación de humano y robot era, o debía de ser, irresistible.

—En efecto —convino Daghan—. Pero la máquina iba dominando en él. Su cerebro era humano, ciertamente, si bien era ya solamente lo que quedaba en él del hombre que había sido antes. Tú sabes que el cerebro positrónico que rige los actos de un robot, después de que los circuitos correspondientes han recogido y analizado los impulsos externos, actúa a modo de un cerebro humano, determinando los actos que han de ser respuesta a tales impulsos.

—Sí, es verdad.

—Un robot es un conjunto de mecanismos: cables, tensores, viguetas sustentadoras, articulaciones y demás, guiadas y regidas por los circuitos que forman el conjunto sensorial general. Ahora, imagínate a un ser humano provisto de cerebro positrónico, es decir, con una cabeza de robot.

—¿Qué sucedería, Stel?

—Tendría, es un decir, los «pensamientos» de un robot, pero la mayoría de sus reacciones serían humanas, dependiendo en gran parte de los estímulos de su cuerpo. El cerebro positrónico, artificial, trataría de reaccionar de acuerdo con el resto del organismo de naturaleza enteramente humana.

—Voy comprendiendo, Stel —dijo Lily—. ¿Y…?

—En Ellith, la naturaleza robótica, «venció», por decirlo así, a la humana. El cerebro era natural, pero el cuerpo era el de un robot. Ellith, en puridad, no tenía solamente un cerebro, sino otros muchos, los circuitos repartidos por distintas partes de su cuerpo; y éstos recogieron mi orden de autodestrucción. El cerebro orgánico quiso resistirse, pero finalmente fue derrotado. Eso es todo, Lily.

Ella le contempló admirada.

—Un argumento impecable —elogió.

—Lo más importante de todo es que resultó bien. Daghan se detuvo de pronto y fijó la vista en el frontis del edificio, a cuyas inmediaciones habían llegado paseando apaciblemente.

El rótulo que figuraba en la fachada era altamente significativo:

«Centro de programación conyugal» Daghan se pellizcó el labio inferior un momento.

—¿En qué piensas ahora? —le preguntó Lily—. ¿Quieres programar nuestra boda?

Daghan meneó la cabeza.

—No —contestó—. Recuerdo un consejo que me dio la Máquina. Ella es y será siempre muy útil, pero no debemos dejar que nos gobierne por entero. Los humanos hemos de ser capaces de tomar nuestras propias decisiones y afrontar las consecuencias que se deriven de ellas.

—Me parece muy bien, Stel —aprobó ella.

—Por esa razón, ¡qué diablos!, no voy a consultar a una máquina si tú me convienes para esposa o no. Te lo pregunto a ti y basta. ¿Qué me contestas?

Lily sonrió maliciosamente.

—Querido, para darte la respuesta que esperas, yo tampoco necesito consultar a ninguna máquina —dijo—. Y la respuesta es: ¡Sí!

Daghan la besó y abrazó allí mismo, en medio del escándalo de los transeúntes. Miró a la joven y la guiñó un ojo.

—Todavía no se han liberado por completo del tratamiento R. M. P. —dijo.

—En lo que a mí se refiere, no dejaré que lo apliquen a nuestros hijos. Que sean enteramente humanos, que afronten el mundo, que sepan luchar como hombres y no como máquinas guiadas por otras máquinas.

—Amén —concordó Daghan. Luego continuaron el paseo.

—Pero cuando vivamos juntos, me llevaré a Sally conmigo —dijo la muchacha.

—Intercambiará kilovatios con Manny —rió él—. ¡Simpático Manny! Su ayuda fue decisiva en muchas ocasiones.

—El conocía la identidad de Ellith, pero no lo delató.

—Es un robot muy inteligente. Como la Máquina, comprendía la necesidad de que yo tomara mis decisiones, por mí mismo y con la menor ayuda posible de su parte.

Las manos de Daghan y Lily estaban enlazadas. Caminaban tranquilamente, dirigiéndose hacia un futuro donde el hombre sería

siempre un ser humano y no una minúscula parte de una gigantesca maquinaria.

**FIN**